

Ilustración Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 14 DE AGOSTO DE 1905 →

NÚM. 1.233

VENECIA.—VI EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES



ECCE MATER, grupo en mármol de Héctor Ximenes

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los dos santos y el devoto*, por José Carner. — *El Lourdes de Rusia*, por David Bell Magdovan. — *República Argentina. Las recientes inundaciones. La ciudad de Santa Fe.* — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *El premio Herkomer para la carrera de automóviles.* — *La batería automóvil del ejército portugués.* — *Problema de ajedrez.* — *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación). — *Un acuario modelo*, por Haroldo J. Shepstone.

Grabados.— *Ecce mater*, grupo en mármol de Héctor Ximenes. — Dibujo de Buil que ilustra el artículo *Los dos santos y el devoto*. — Seis grabados referentes a la canonización de San Serafín de Sarof en Rusia. — Seis reproducciones fotográficas de las inundaciones de la ciudad de Santa Fe (República Argentina). — *Guerra ruso-japonesa. Llegada de un convoy de presidiarios en la isla Sakhalin.* — *Presidiarios rusos construyendo terraplenes.* — *Conducción de un hérido desde el campo de batalla al ferrocarril.* — *Infantería japonesa preparándose a atravesar el río Liao.* — *La isla Sakhalin.* — *Los plenipotenciarios japoneses Komura y Sato a su llegada a Nueva York.* — *Entrada del puerto ruso de Nikoláyevsk.* — *Carrera de automóviles. Premio ofrecido y modelado por Herbert Harkomer.* — *Batería automóvil del ejército portugués.* — *El Acuario de Nueva York.* — *Estanques del acuario.* — *Caballos marinos.* — *La comida de las focas.* — *Cabeza y boca de un manatí.* — *La pacificación de los bandos de Vizcaya*, obra de José de Echeña.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado a mejor vida. Lo he dicho reiteradamente, y sin embargo, como aquí ni aun leen los que escriben, apenas pasa día sin que me asedien para conocer «mi autorizada opinión» sobre esto y sobre lo otro; sobre libros ó folletos, hasta sobre artículos ó crónicas, las cuales debieran tener más pretensiones que estas mías modestísimas, que jamás se me ha ocurrido, ni aun cuando las he reunido en tomo, someter a los Aristarcos.

El mayor desencanto de la vida literaria, tan fecunda en decepciones, consiste, sin género de duda, en que le tomen a uno por elemento útil, por algo que produce fama ó dinero ó las dos cosas, y si para esto no sirve, debe ser arrojado al cesto de los papeles ó arrumbado en el desván de los trastajos y cachivaches...

Y ¿qué diremos de los maniáticos pacíficos, que acometen una empresa y quieren que todo el mundo, sin excepción, sienta por ella el mismo entusiasmo, le consagre igual suma de tiempo y esfuerzo, si ya no es que sencillamente prefieren haber puesto la idea y que otro la incube, solícito, y la saque del cascarón, y luego lleve al pollito a beber y lo agasaje bajo el ala? En este ambiente nuestro, que inclina a la pereza, es frecuente fiar el éxito de lo que empezó por interesar a uno a la acción de otro, siquiera ese otro tenga harto que hacer con sus propios planes é iniciativas. Por anomalía curiosa, a los más ocupados es a los que se pretende endosar las grandes ideas ajenas, para su debida realización.

* *

Así es que, al recibir libros cuyos autores no me piden opinión alguna, por reacción contradictoria, frecuente en el espíritu humano, experimento deseos, no de criticar y opinar, sino de figurarme que dialogo con el autor, y tratar el tema por él escogido, particularmente si el libro plantea cuestiones tan interesantes y de tan eterna actualidad como las que dan asunto a un folleto que acabo de recibir, donde se coleccionan las conferencias pronunciadas por el doctor Muñoz Ruiz acerca de si «está ó no degenerada la raza latina.»

Para el doctor, es afirmativa la respuesta. La raza latina ha degenerado desde el periodo del Renacimiento acá, y su estatura, sus condiciones físicas, morales é intelectuales, su longevidad y su voluntad, sufren descenso tristísimo. Arrimándose a la opinión del sabio Letamendi, D. Antonio Muñoz Ruiz cree que ya no hay ancianos.

Enumerando las causas de esta situación deplorable, el doctor atribuye papel muy principal al uso y abuso del tabaco, siendo las páginas que consagra a estudiar este factor de decadencia las más sugestivas del librito.

Aunque la decadencia de las razas más ó menos latinas con relación a las anglo-sajonas me parezca indiscutible hoy, confieso que no me persuaden las razones a que el doctor la achaca, puesto que muchas de esas causas actúan igualmente, y con intensidad, sobre ingleses, alemanes y austriacos.

Tampoco estoy segura de que el hombre del siglo xx viva menos tiempo y sea menos robusto que los de épocas anteriores.

En esas corazas antiguas de que habla el señor Muñoz Ruiz, no entraría, por razón de diámetros, el

pecho de un hombre bien conformado de hoy. Cierro que el peso de las armaduras pedía gran resistencia, pero esto sería cuestión de hábito, como lo es el uso de los cuellos planchados y altos que hoy se padecen. Las corazas y en general las armaduras históricas revelan una raza exigua, de angosto esternón, de estatura menguada. Yo sospecho que las armas pesadas y embarazosas se usaron menos de lo que se cree, y recuerdo haber leído en varios relatos de batallas, creo que, por ejemplo, en la de Bouvines, que fué funesta la lentitud en maniobrar de la caballería, cargada de hierro, y que las tropas armadas a la ligera la envolvieron y destrozaron. Sólo en el momento del combate, ó para torneo y parada después, se usarían las grandes armaduras de punta en blanco; la malla, tanto tiempo preferida, fué tal vez menos incómoda que muchos uniformes contemporáneos.

* *

Tocante a la duración de la vida, apoyándome en la curiosa obra de mi amigo Juan Finot *Philosophie de la longevité*, supongo que ha crecido en vez de reducirse. En algunos países—se me dirá que no son latinos—como Suecia y Noruega, el incremento ha sido sorprendente: en pocos años ha alcanzado la proporción de 15 por 100. Se relaciona este aumento con la disminución del alcoholismo, que, como es sabido, hace mayores estragos en los pueblos del Norte.

Tampoco la despoblación (aparte del caso especial de Francia, fenómeno típico determinado por razones económicas) es alarmante en la actualidad. España, pongo por caso, estaba mucho menos poblada en tiempo de Carlos II que en el día. La prueba de que la natalidad es normal con tendencia al incremento en España é Italia, y presumo que también en Portugal, es que estas naciones son emigradoras, que de ellas salen las embarcaciones cargadas de gente a buscar fortuna en las Repúblicas de las tres Américas, y sin embargo de esta sangría suelta, la población no disminuye, se construye activamente, hay brazos y personal para las industrias, a pesar del escaso cuidado que se consagra a evitar la mortalidad de los niños, en las clases humildes.

Sin que yo tenga aquí a mano datos estadísticos, también la mortalidad me extrañaría que no fuese hoy menor que en otras épocas. Aunque lenta y difícilmente, ciertas doctrinas y nociones higiénicas van abriéndose camino. Las epidemias han desaparecido, y experimentamos incredulidad y asombro al leer que en Barcelona, durante el siglo pasado, hubo diez ó doce embestidas de peste bubónica de horrible intensidad. La viruela, si para vergüenza nuestra continúa haciendo víctimas, empieza a batirse en retirada. Lo mismo puede decirse de la difteria, del cólera, de las fiebres puerperales y de otras muchas enfermedades en cuyo tratamiento y profilaxis ha hecho progresos la medicina. Padecimientos crónicos que ahora se combaten y atajan, no eran ni conocidos antaño; mataban con antifaz, sobre seguro. Al leer el relato de las últimas enfermedades de los monarcas (de las que sufrieron los particulares no se ha escrito), en la mayoría de los casos percíbese la impresión del error de diagnóstico, y sin necesidad de citar el conocidísimo caso del esposo de la Estuarda, diré que la calentura pernicioso de Felipe el Hermoso, la úlcera de Felipe II, las innumerables fiebres puerperales mortales de las reinas de España, el envenenamiento en una trucha del príncipe don Juan, la enfermedad de languidez del príncipe de Viana..., representan deficiencias del arte de curar, atraso de la ciencia. Verdad que en el día hacen estragos la neurastenia y la tuberculosis. Pero ¿es seguro que en otras épocas no se conociesen estos azares, como se conocía otro terrible que en lenguaje arcaico se llamó *bubas*? Lo que sucedía era quizás que no se hablaba de eso, que se tenía por fatalidad irremediable, mientras nuestra atención está fija en tales calamidades para tratar en su remedio; eso hemos ido ganando.

* *

Los crímenes, en opinión del doctor Muñoz Ruiz, suben a compás de la tuberculosis. Es posible que lo que aumenta sean los periódicos donde se narran minuciosamente los crímenes. Hago una observación: en otro tiempo no se podía residir en el campo sin riesgo de ser saqueado y escabechado por gavillas de malhechores. Estas gavillas (hablo de las que existieron en mi país) eran numerosas y organizadas como partidas de guerrilleros. Recorrían montes y valles; se conocía a sus jefes; acaso se les ahorcaba por final, pero antes ellos habían reinado y sembrado el terror. Alguna de estas gavillas, como la célebre de *Sopitñas*, tenía tales ramificaciones, que con-

taba entre sus afiliados, socios protectores diríamos hoy, a escribanos, procuradores, oidores, comerciantes de acreditada firma, gente en suma de copete y cogollo, que protegía a socapa al bandolero y su hueste. Era algo semejante a la *Mafia* siciliana (aunque originado de causas sociales muy diferentes). Esto no sucede hoy, y en la misma Andalucía parece extinguido el bandolerismo. El crimen, por lo menos, no se hace crónico.

* *

Respecto a la desastrosa influencia del tabaco estaremos seguramente más conformes el doctor y yo. Una restricción: en el Norte se fuma mucho, y los esclavos viven casi tan envueltos en humo como los españoles. Es posible, sin embargo, que el pueblo inglés, alemán y ruso, la gente trabajadora y de modesta condición, fume menos que en España, pero no debiendo excluir a Francia del número de las naciones latinas, recuerdo que allí no se fuma excesivamente; no siente el francés esta necesidad ya morbosa del español, de que no se le caiga de la boca el puro ó la colilla.

No tiene fácil respuesta la pregunta que todos nos hemos dirigido alguna vez: ¿qué encanto especial encierra la operación de encender y chupar una hierba seca enrollada en un trozo de papel ó sobre sí misma? Al lado de los inconvenientes que ofrece el tabaco, no parece fascinador el goce que representa. Sin embargo, le quitaréis al jornalero español comida, abrigo, luz, aire..., pero no le quitáis su cigarro, no le impedís dar la chupada ávida a la hierba venenosa...

Veneno es, aunque lento, el tabaco. El síntoma referido por el doctor Muñoz Ruiz es notable en extremo. Las plantas que están próximas a las de tabaco crecen menos, dan hoja más estrecha, fruto más pequeño y escaso; a veces hasta se secan; las patatas que están inmediatas a plantaciones de tabaco, a tabaco huelen y a tabaco saben. La ponzoña de la nicotina, tenaz y letal, actúa sobre la vegetación de un modo no oculto, y si en el organismo humano procede más insidiosamente, no son sus estragos menores.

De los importantes experimentos del doctor Muñoz Ruiz se deduce claramente que el tabaco intoxica en mayor ó menor grado, pero intoxica siempre. En las especies animales ataca a la reproducción y a la circulación, en la humana no hay parte del organismo que no sufra perturbaciones, trastornos que se imputan a otras causas, cuando a la nicotina se deben; y sobre todo—dice el doctor, de acuerdo con algunos ilustres colegas suyos extranjeros—ataca el tabaco a las funciones cerebrales, a lo más delicado y noble de nuestra máquina. Como todos los narcóticos y estupefacientes, como el hatchis, el opio, la morfina, el tabaco es un «enemigo del alma.» Enflaquece la voluntad, oscurece la memoria, deprime la inteligencia, genera esa enfermedad de postración, la más humillante de todas, que se llama abulia.

Querer y no poder, es malo; no poder querer, es peor. El doctor nota con sagacidad que esta propensión al tabagismo, transmitida hereditariamente, va agravándose, y amenaza a la especie más que al individuo. Es cierto, y sólo tienen una defensa y un escudo las generaciones inficionadas de tabaco: la mujer, que no fuma.

La sangre de la madre, libre del veneno, puede evitar la influencia morbosa de la sangre del padre, saturada de nicotina—aunque, a su vez, la madre, hija de fumador impenitente, puede haber nacido trayendo el germen de los males que el tabaco determina.—De todos modos, leído el folleto del doctor, me regocijo de que no fumen las mujeres, viendo en ello una de las superioridades de nuestro sexo, una de las razones de que, a pesar de la ruda labor de la maternidad y la lactancia, la mujer viva más tiempo y conserve mejor sus facultades que el hombre.

Por instinto, y salvo excepciones que nadie deja de encontrar, la mujer aborrece las necesidades artificiales que el hombre se crea, y a las cuales se arroga un derecho masculino. La mujer ve en el tabaco, en el alcohol, al enemigo del humilde bienestar casero, de la olla doméstica; a los vampiros que se traigan el jornal de la semana y aniquilan la ventura y la buena armonía del matrimonio. ¡La taberna! ¡El estanco! El estanco se lleva lo indispensable para jabón y para leche con que cebar el biberón del pequeño. En humo se va no poco de lo que el sudor gana... Y las esposas miran de reojo al marido, que tumbado en postura de baja, absorbe ó devuelve el humo venenoso, con felicidad de chino budista sumiéndose en el nirvana, entre vapores opiáceos...

EMILIA PARDO BAZÁN.



Los dos santos y el devoto, por José Carner

Cuentan las abuelas rusas que hubo en otro tiempo un labrador que siempre celebraba la fiesta de San Nicolás y nunca la de San Eliseo; por el contrario, en el día de este santo trabajaba más que en los laborables.

En cierta ocasión San Eliseo y San Nicolás paseaban por un campo perteneciente al labrador. Las verdes espigas crecían con tal magnificencia, que alegraban los corazones de los santos. Un céfiro suave balanceaba los tallos, que se movían con lentitud, orgullosos de su belleza y su abundancia. Los senderos estaban casi borrados; las espigas no cabían en los campos é invadían los pequeños espacios libres con su feracísimo verdor. El cielo azul contemplaba con evidente satisfacción y serena complacencia la exuberancia de la tierra pacífica.

El labrador, seguro de la protección de San Nicolás, se frotaba alegremente las manos. Jamás se había visto en todo el término una cosecha como aquella. Las ganancias serían incalculables. Rebosaría desde luego el granero, muy pronto el arca.

El buen hombre había perdido el mal humor de los años duros, el cansancio de la vida fatigosa, el gesto gruñón del rostro entumecido ó abrasado. Estaba contento y zumbón; tenía los ojos chanceros; se movía con vivacidad; se veía ya rico, respetado, orondo; relucía, reía...

—Buena será la cosecha, muy buena, dijo San Nicolás. Cierto que el labrador es hombre honrado y laborioso, y se acuerda de Dios y de sus santos. El trigo caerá en buenas manos.

—Veremos, dijo San Eliseo. Cuando yo habré quemado sus tierras con el rayo y azotado el trigo con el granizo, aprenderá tal vez á celebrar el día de San Eliseo.

Conversaron aún por algún tiempo. Separáronse, y San Nicolás fué en busca del labrador y le dijo:

—Vende todo el trigo en pie al cura de la capilla de San Eliseo; de lo contrario, el granizo destruirá las espigas.

El labrador corrió inmediatamente á la casa del cura.

—¿Vuestra Reverencia quiere comprarme el trigo en pie? Necesito dinero con urgencia, y podéis hacer un buen negocio.

Discutieron, y por fin se pusieron de acuerdo. El labrador recogió el dinero y volvió á su casa.

Pasó algún tiempo. Formóse en el cielo una nube tempestuosa. El rayo y el granizo devastaron el campo del labrador.

Al día siguiente San Eliseo y San Nicolás pasaron por allí.

San Eliseo dijo:

—¡Ya ves lo que ha sido del campo del pobre labrador!

—¿Del labrador? No, hermano. Has devastado concienzudamente el campo, convengo en ello; pero el campo pertenece al cura de tu capilla, no al labrador.

—¡Al cura! ¡No puede ser!

—Verás. Hace algunos días el labrador vendió la cosecha en pie al cura de tu capilla, y el muy ladino ha cobrado ya el precio. ¡Pobre cura!

—Aguarda un poco; pondré el campo en buen estado y quedará diez veces más próspero que antes.

Así terminó la conversación y cada cual se fué á su casa. San Nicolás volvió á avisar al labrador diciéndole:

—Ve en busca del cura y cómprale tu cosecha; no perderás nada.

El labrador hizo lo que le aconsejaba el Santo, y dijo al cura:

—El Señor ha enviado una gran aflicción á Vuestra Reverencia. El granizo ha destruido el trigo. Puesto que ha sucedido una desdicha tan inesperada, partamos las pérdidas. Me quedo de nuevo con el campo, y aquí tenéis la mitad del precio para que os consoléis de vuestro infortunio.

El cura aceptó satisfechísimo.

El campo del labrador se puso más hermoso que nunca.

Todas las espigas estaban llenas y en cambio no se veía ni una mala hierba.

El labrador recolectó un número increíble de gavillas.

San Eliseo y San Nicolás pasaron de nuevo por el campo.

—¡Qué cosecha! Ya ves si sé recompensar á los míos.

—¿A los tuyos? No, hermano; la bendición verdaderamente es grande; pero el campo no pertenece al cura, sino al labrador.

—¿Qué me cuentas?

—Cuando el granizo hubo destruido el campo por completo, el labrador propuso al cura que le vendiese la cosecha á mitad de precio.

—Aguarda un poco, dijo San Eliseo, yo le quitaré todo el provecho que podría sacar. Por más numerosas que sean las gavillas que el labrador tienda

en la era, no podrá trillar más que una medida de trigo.

San Nicolás advirtió al labrador, y éste hizo varias trillas y no trilló más que una gavilla cada vez. Llenó todos sus graneros y tuvo que construir muchos más.

Un día San Eliseo y San Nicolás paseaban por los campos.

—¡Pobre labrador!, dijo San Eliseo. Veo que ha construido graneros. Tal vez sueña que podrá llenarlos.

—Ya están llenos, respondió San Nicolás.

—¿De dónde ha sacado tanto grano?

—Ha trillado una sola gavilla, y luego otra y luego otra, hasta acabar con la cosecha.

—¡Hermano Nicolás, se lo has dicho todo al labrador!.. ¡Ahora comprendo!.. Pero yo le confundiré.

—¿Qué harás?

—No quiero decírtelo.

—Algún grave peligro amenaza á mi protegido, pensó San Nicolás.

Fué en su busca y le dijo:

—Compra dos cirios, uno grande y otro pequeño, y haz lo que voy á decirte.

Y le dió instrucciones.

Al día siguiente San Eliseo y San Nicolás paseaban disfrazados de viajeros y encontraron al labrador, que llevaba dos cirios; el mayor valía un rublo, el menor escasamente un kopeck.

—¿Adónde vas, buen hombre?, preguntó San Nicolás.

—A ofrecer un cirio de á rublo al profeta Eliseo, á quien debo tantos favores.

—Y el cirio de á kopeck, ¿á quién lo destinas?

—A San Nicolás, dijo el labrador.

Y se fué.

—Eliseo, dijo San Nicolás, ya ves cuán grande era tu error; ¿no habías dicho que yo instruía á ese hombre y era amigo suyo?

San Eliseo se apaciguó y dejó de detestar al labrador. Y éste fué feliz, y celebró con igual solemnidad los días de San Nicolás y San Eliseo.

(Dibujo de Buil.)

EL LOURDES DE RUSIA

El profeta del imperio eslavo, á principios del siglo XX, es San Serafín de Sarof. Miles de soldados reservistas, antes de responder al llamamiento que se les hace para ir á combatir contra el Japón, acu-

así como de eclesiásticos de todas las jerarquías, estimando los periódicos rusos el total de asistentes al acto en 350.000 personas.

El emperador y la corte visitaron los albergues del ermitaño, bebieron y se lavaron con el agua de la fuente milagrosa, inmediata al sitio donde éste cons-

truyó su cabaña; los restos incorruptos del santo fueron colocados en una costosa arca, bajo un pabellón de plata maciza de monumentales propor-

pero tales son los medios de comunicación en el interior de Rusia, que el verano pasado duraba el viaje cuarenta y ocho horas.

Cuando el tsar viaja se acostumbra guarnecer con tropas la línea férrea. Desde que salimos de Moscou fuimos encontrando á cada una ó dos millas campamentos de soldados; de trecho en trecho veíamos centinelas con la bayoneta armada dando espalda á la vía, que había sido cuidadosamente reconocida y compuesta, y desbrozado completamente el terreno á una distancia de 33 metros por cada lado. Los trenes de ida y los de vuelta llevaban numerosos oficiales del ejército y de la policía. Patrullas de soldados hasta perderse de vista penetraban en los bos-



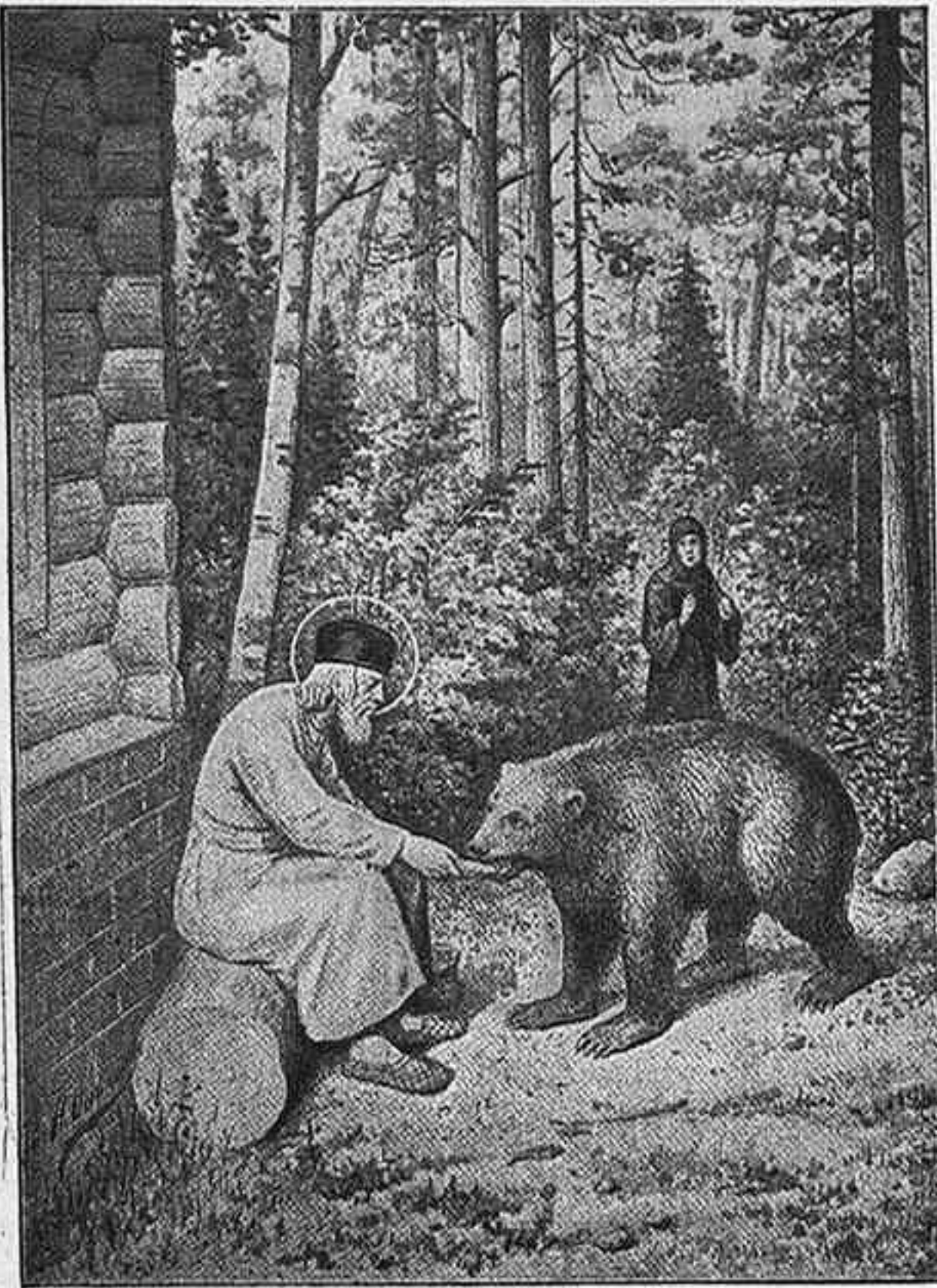
LLEGADA DE LA CORTE. — Al frente de la comitiva van el emperador y su madre, la emperatriz viuda, y detrás de ellos, á la izquierda, la emperatriz Alejandra.

den presurosos al altar del santo, en el monasterio de Sarof, y sus familias vienen también á aumentar el número de peregrinos. Las ciudades de San Petersburgo y Moscou regalaron al general Kuropatkin y al almirante Skrydlof pinturas del santo en marcos de oro y plata y piedras preciosas, y el emperador á cada soldado que parte le da otras más sencillas, esperando todos que conceda la victoria á las armas rusas, no tan sólo sobre los japoneses, sino también

ciones, y se proclamó al monasterio como sede de milagros, como un Lourdes de Rusia.

Exceptuando unos veinte, que por motivos particulares asistieron, no se veían allí literatos, abogados, médicos, profesores de universidades ni estudiantes, hombres de ciencia, artistas, hombres de negocios ni industriales. Ni se les invitó, ni aun que se les hubiera invitado hubiesen aceptado.

El padre Serafín nació en Kursk en 1759 y fué bautizado con los nombres de Prokhor Moshuin. Su padre se ocupaba en la construcción de iglesias. Al morir dejó una sin concluir y su viuda se propuso terminarla. Prokhor, que sólo tenía entonces tres años, subió con ella un día á los andamios y cayó al suelo desde una gran altura sin hacerse daño alguno, según las biógrafías oficiales. Este fué el primero de una larga serie de milagros que señalaron todo el curso de su vida. Aprendió á leer en eslavo y á cantar los rezos de la iglesia, pero no conoció más libros que la Biblia y las vidas de los santos. A la edad de diez y siete años obtuvo el consentimiento de su madre para entrar en

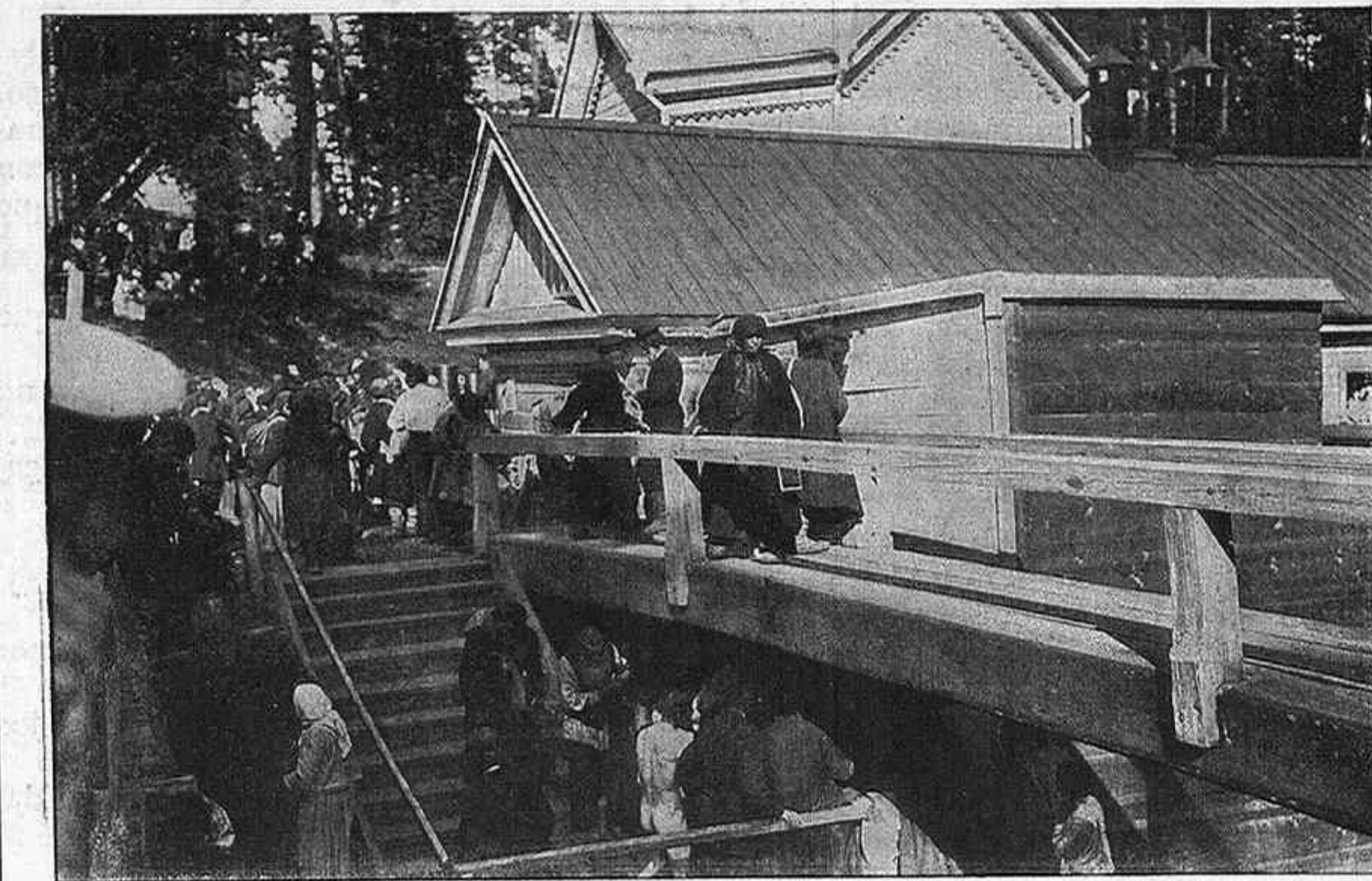


Una de las leyendas del santo refiere que daba de comer á un oso

sobre sus aliados. Hace poco publicaba la prensa rusa que el santo había predicho que sería canonizado y que había añadido: «Poco después acontecerá una terrible guerra. El emperador irá á la batalla y yo estaré con él, y arrancaremos el manto de los hombros de Inglaterra.»

El acto de la canonización de San Serafín el 1.º de agosto de 1903 revistió un carácter puramente nacional. Los representantes diplomáticos extranjeros no fueron invitados; un inglés y yo fuimos los únicos extranjeros que asistimos á la ceremonia, de la que pocos tenían noticia de antemano; y si alguno pidió permiso para concurrir á ella, se le contestó que ya en el monasterio no había alojamiento.

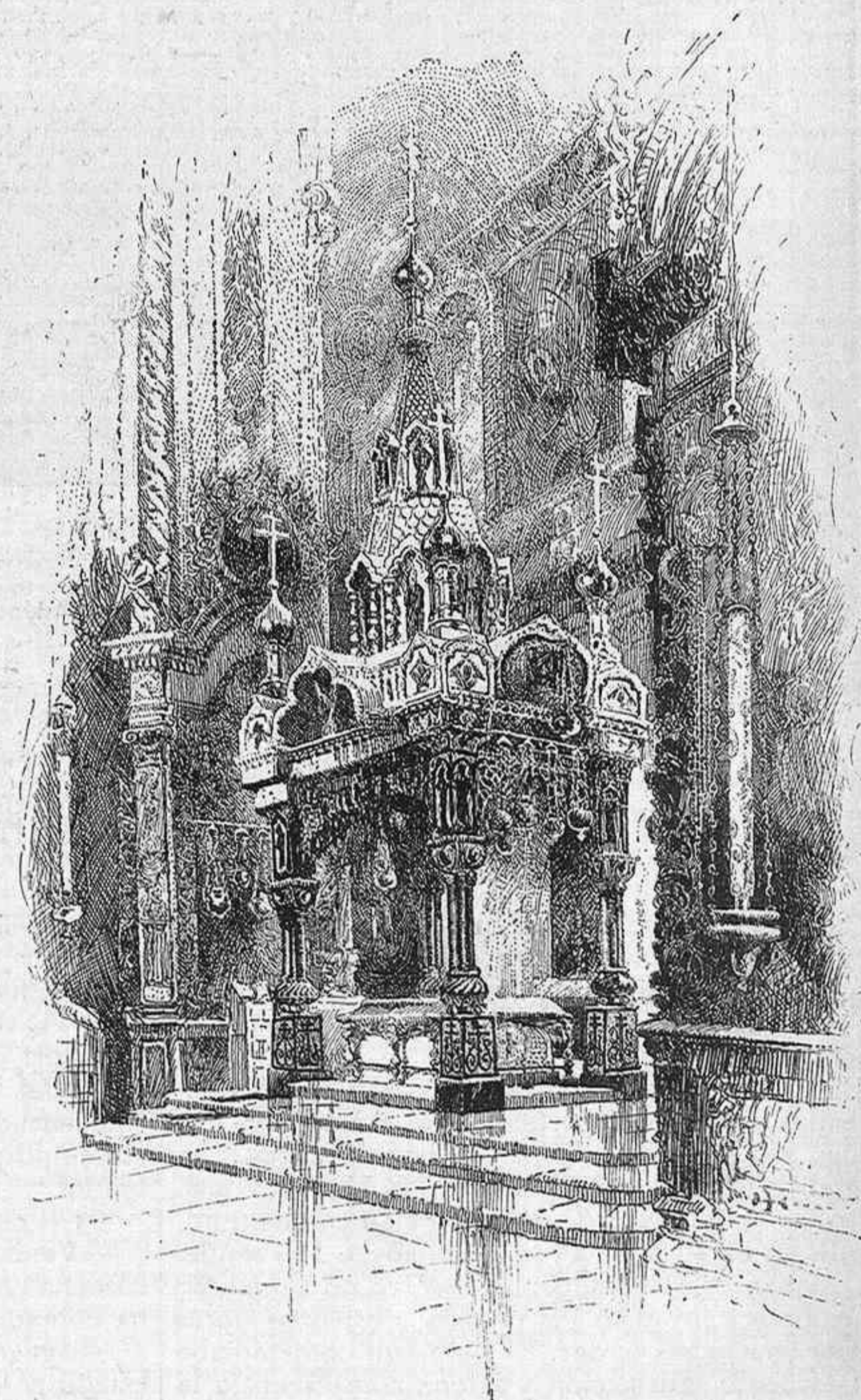
Las funciones de la canonización atrajeron más de cien mil personas, que tuvieron que acampar; además de esa multitud de campesinos, artesanos y pequeños negociantes, asistió á las ceremonias la familia imperial, se movilizó todo un cuerpo de ejército y un número bastante considerable de policías, concurrió una nube de empleados civiles y militares,



Entrada al departamento de los baños para hombres.

la vida monástica y se encaminó á Kief, la ciudad santa de Rusia, de donde se trasladó á Sarof; allí murió en 1833 y su tumba se convirtió en otra Meca. Sarof sólo dista de Moscou unos 480 kilómetros;

conducía, y la avidez con que trataban de cogerlo al ser arrojado desde el tren en marcha, bien claro atestiguaba la escasez en que se hallaban de provisiones.



Pabellón de plata maciza bajo el cual descansan los restos incorruptos de San Serafín.

ques marchando en una fila á 16 metros de intervalo de un hombre á otro para reconocerlos, y numero-

sos jinetes ponían en comunicación entre sí los distintos puestos. Principiamos á alcanzar trenes de peregrinos de treinta á cuarenta vagones de carga provistos de bancos donde iban aquéllos amontonados. Los primeros peregrinos que vimos de los que hacen el viaje á pie los encontramos en la estación próxima á la de Arzamas; eran como unos mil, en su mayoría mujeres, que esperaban el pan que nuestro tren

conducía, y la avidez con que trataban de cogerlo al ser arrojado desde el tren en marcha, bien claro atestiguaba la escasez en que se hallaban de provisiones.

El número de peregrinos que hallé en la parte exterior del monasterio era inmenso, y en algunas millas á la redonda invadían los bosques. La masa humana aumentaba á medida que se acercaba la *vía sacra*. En ella hay veintitantas fuentes, cada una de las cuales tiene sus especiales virtudes. Allí está la cruz que el padre Serafín, con sus propias manos, labró y colocó en aquel sitio.

Fervientes adoradores se postraban y besaban el suelo; otros con azadones removían la tierra, á fin de que todos pudieran llevarse un poco de ella, y algunos, furtivamente, trataban de arrancar astillas de la cruz. En la cumbre del cerro está la gran piedra sobre la que el sacerdote oraba y que quedó pulimentada por el contacto de sus rodillas.

Pero el sitio más venerado es la primitiva y más pequeña de las chozas que habitó el santo, y junto á ella, la fuente de que diariamente se servía y que es la fuente santa por excelencia. Todos los días, desde el amanecer hasta muy entrada la noche, diez mil personas por lo menos se agrupan en las inmediaciones del manantial; éste está situado en lo alto de una cuesta. Media docena de robustos policías y varios sacerdotes están siempre vigilando el uso de las aguas y registrando los milagros, que casi á cada momento se pregonan. La cola de peregrinos enfermos, que son los únicos que pueden acercarse á la fuente, ocupa cientos de metros. La enfermedad más común parecía ser el histerismo, que es muy frecuente entre las campesinas, debido, sin duda, á lo crudo, solitario y obscuro del invierno, al mal trato y á lo insuficiente de la alimentación. Las víctimas permanecen á veces horas enteras lanzando penetrantes gritos.

Pocos son los que acuden al manantial y no se curan, según ellos mismos dicen, ó que por lo menos no se alivien. Los sacerdotes se santiguaban casi continuamente y todos los circunstantes hacían otro tanto.

Desde una distancia de 16 metros, que fué todo lo más á que pude acercarme, presencié la cura de una mujer que tenía una mano parálitica y deforme. Cuánto tiempo hacía que estaba en tratamiento no lo sé, pero sí que su caso había excitado profundo interés. El sacerdote le bañaba la mano con frecuencia y mandaba á los espectadores que se santiguasen, mientras él ayudaba á la mujer á hacerlo también. Apretando con sus fuertes y flexibles dedos los de la enferma, los estiró despacio y luego llevó la mano para hacer las correspondientes cruces. La multitud derramaba lágrimas de alegría. Centenares de bocas repetían el grito de «¡La anciana se ha persignado!» En un momento la alegre nueva llegó hasta el gentío estacionado en los bosques. Continuó el ejercicio durante algún tiempo y luego, como la mujer estaba muy débil, se la permitió sentarse y descansar. Yo no pude ver si la mano permaneció extendida; los demás no trataron de verlo, bastándoles con que aquella mujer que durante muchos años no había podido persignarse debidamente lo hiciera ante su vista, para dar por realizado el milagro. A pesar de mis esfuerzos, no conseguí enterarme convenientemente de ninguno, pues la predisposición en que se hallaban sacerdotes y fieles les hace considerar como un sacrilegio todo lo que pareciera duda, y cualquier pregunta era recibida con desconfianza y mala voluntad.

El agua que se escapa de la fuente va á dos receptáculos destinados uno al baño de hombres y otro al de mujeres, rodeados ambos de enfermos en consi-

derable número, aguardando su turno. Estos baños están protegidos por una cerca. Pero otra parte del agua va á parar á un riachuelo próximo que pasa por una hondonada; este es un baño completamente li-

¡cómo venían los demás! Tenían los rostros cubiertos por una densa capa de polvo y sudor, que requemada por el sol, se desprendía á trozos. Los campesinos gritaban «¡Hurra!» y arrojaban al aire las gorras



La procesión que conduce el cuerpo incorrupto de San Serafín pasando por delante de la catedral

bre y que presentaba un extraño cuadro. Hombres y mujeres de todas edades y diversas condiciones, incluso artesanos bien acomodados, se desnudaban tranquilamente, y juntos, de doce en doce, se colocaban bajo el extremo de la canal por donde se vertía el agua. Se vestían y desnudaban á pocos pasos de la orilla, sin embargo de que muy cerca había monte bajo en que hubieran podido hacerlo sin ser vistos y con la misma tranquilidad y frescura que si estuvieran en su casa. Algunos se quedaban completamente en cueros, y si alguna joven se tapaba ó ceñía con una toalla, hacía lo tímidamente, como si semejante precaución indicara que desconfiaba de la

al pasar cada carruaje, lo mismo el del emperador que el del último funcionario palatino.

Al comenzar la tarde del día siguiente, la emperatriz Alejandra, con su séquito de damas, recorrió en carruaje la *vía sacra*; el emperador y los grandes duques iban á pie. Para hacer patente la unión religiosa que existe entre el soberano y su pueblo, se evitó en cuanto fué posible todo aparato de fuerza. Cosacos montados y soldados de infantería, aparentemente desarmados, guardaban el camino á uno y otro lado. Detrás del tsar, una simple fila de portaestandartes le separaba del pueblo.

Después de visitar las reliquias del camino, el emperador penetró en el bosque, donde era aún más difícil que la policía pudiera eficazmente ejercer su acción, y aun concediendo que fuera grande su sagacidad y conociese muy bien qué clase de gente era aquella, hay que convenir en que el emperador demostró un gran valor codeándose con los peregrinos, sabiendo que constantemente se está conspirando contra su vida.

La comitiva regresó al monasterio en la misma forma que había salido. La emperatriz, que demostró mucha devoción en todas las ceremonias religiosas durante su permanencia en Sarof, según es costumbre suya, entró en el baño de las mujeres con la princesa Orbeliani.

Al día siguiente por la tarde la familia imperial y los altos dignatarios de la iglesia se dirigieron á la capilla donde estaban los restos del santo ermitaño encerrados en su nueva urna, y en seguida se organizó una solemne procesión, precedida por las imágenes más veneradas del monasterio. A

las siete en punto apareció en la puerta de la capilla la urna, llevada por las más elevadas dignidades de la Iglesia y del Estado. Al otro día se proclamó, con los ritos de costumbre, la santidad del padre Serafín, se repitió la procesión del día anterior y se cantó un *Tedéum*, y al siguiente la corte regresó á San Petersburgo.

DAVID BELL MACGOVAN.



Grupo de muchachas tártaras y finlandesas esperando al emperador en el bosque

pureza de pensamiento de los fieles. Y en realidad, no se veía ninguna mirada maliciosa; parecía que había renacido la edad de oro de la inocencia humana.

Por último llegó la corte; el emperador y las dos emperatrices parecía como si acabaran de dejar los salones del palacio, gracias á no sentirse un soplo de aire y al alto que hicieron en una tienda de campaña preparada á poca distancia; pero en cambio,

REPÚBLICA ARGENTINA.— LAS RECIENTES INUNDACIONES.— LA CIUDAD DE SANTA FE

La última gran crecida del río Paraná produjo grandes inundaciones en las provincias ribereñas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Esta última, y especialmente su capital, es la que más ha padecido

en prestar auxilios á las víctimas de tan tremendo desastre.

El cuadro que ofrecían las provincias inundadas era en extremo desconsolador: las islas paranaenses

las plazas en amplios lagos. En la imposibilidad de transitar á pie ó en carruaje, en muchos sitios, fué preciso organizar un servicio de botes, merced al cual pudieron salvarse centenares de personas que eran



REPÚBLICA ARGENTINA.— LAS RECIENTES INUNDACIONES.— LA CIUDAD DE SANTA FE.— Estación de la compañía francesa de los ferrocarriles de la provincia.— Calle Jujuy.— Avenida Rivadavia.— Calle Humberto I.— El paseo Colón frente á la Capitanía del Puerto.— El diputado Sr. Crouzolle embarcándose con su familia en el patio de su casa.

con el desbordamiento de las aguas: los daños materiales han sido de gran importancia, pero afortunadamente no hubo desgracias personales, gracias á la rapidez con que las autoridades organizaron los socorros y á la eficacia de los trabajos de salvamento que desde los primeros instantes practicaron las autoridades y el pueblo en masa. Todos rivalizaron

habían sido arrasadas por las aguas y los que las habitaban perdieron en un momento sus haciendas, sus aperos, sus viviendas, sus ropas, en una palabra, todo cuanto les era más necesario para la vida.

La ciudad de Santa Fe presentaba un aspecto extraordinario: las calles y las avenidas de la parte baja habíanse convertido en canales y ríos caudalosos, y

transportadas desde las zonas peligrosas á los lugares que se creía más seguros.

Las interesantes fotografías que reproducimos dan perfecta idea de la magnitud de la inundación y del espectáculo extraño y, en medio de su tristeza, pintoresco que ofrecían las principales calles y avenidas de Santa Fe.—X.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

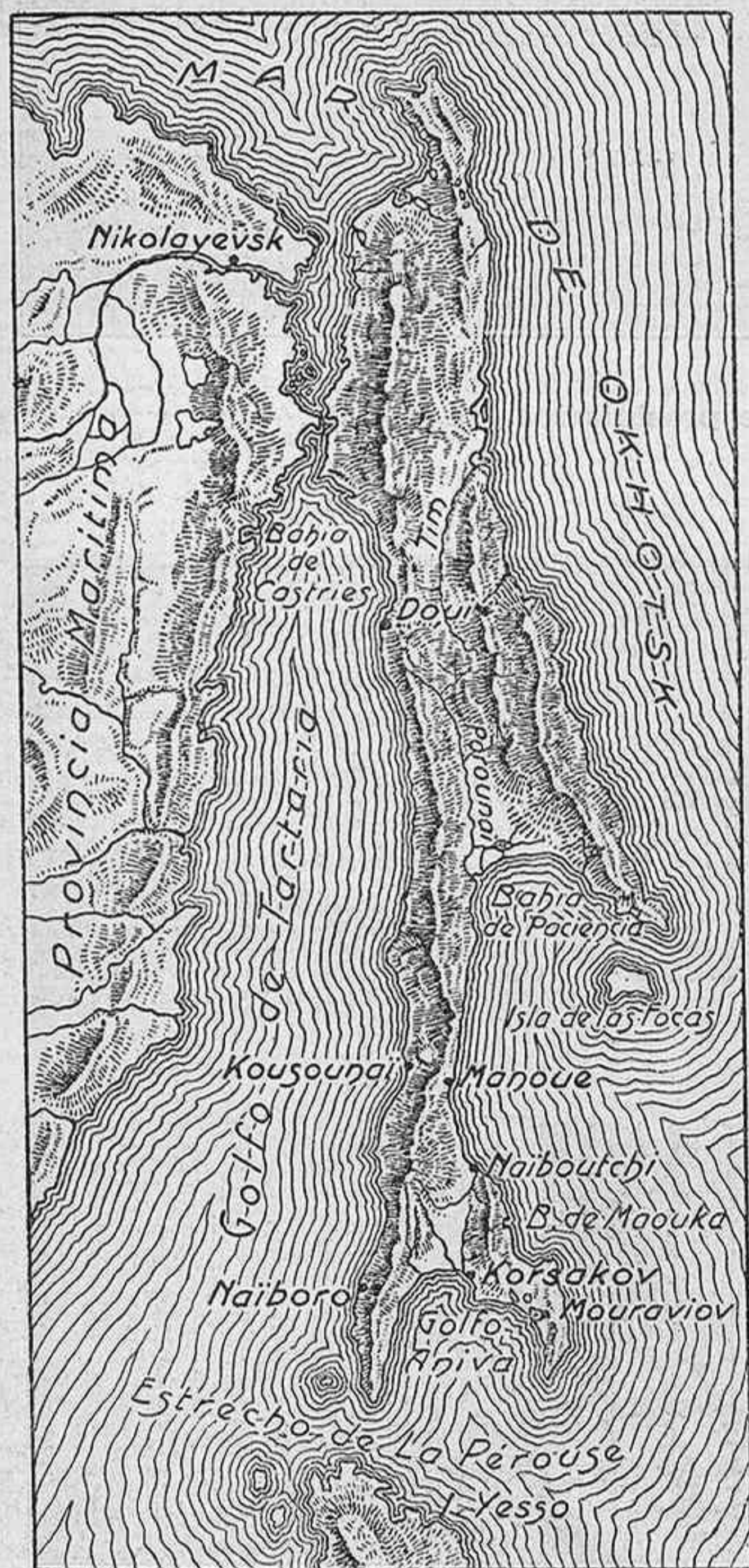
Cuando se publique esta crónica, habrán celebrado ya algunas reuniones en Portsmouth los plenipotenciarios rusos y japoneses, y aunque no faltarán corresponsales y agencias que referirán en sus menores detalles lo que en aquellas ocurra, bien puede afirmarse que cuantas noticias nos transmitan serán producto de su fantasía, ya que no es de suponer, tratándose de negociaciones tan trascendentales, que incurran en la menor indiscreción los contados individuos que en las conferencias de la paz toman parte. Por esto hay que acoger con reserva y con desconfianza absolutas lo que desde Portsmouth comuniquen periodistas y agentes, y esperar, para saber de una manera cierta á qué atenerse, á conocer por los conductos oficiales lo que se trate y al fin se acuerde.

En nuestra última crónica reprodujimos las manifestaciones hechas por el plenipotenciario ruso Witte á un redactor del *Daily Telegraph*, á bordo del *Kaiser Wilhelm der Grosse*, y que no han sido desmentidas; en la presente las completamos con algunas que por escrito ha comunicado á los periodistas norteamericanos á su llegada á Nueva York. En ellas hace constar su ardiente deseo de que los dos caballerescos enemigos que por vez primera se han conocido en los campos de batalla, descubriendo cada uno en el otro cualidades de primer orden, tengan motivos bastantes para cultivar este conocimiento de modo que se convierta en amistad duradera. «En el entretanto, ha dicho, es preciso conocer, pesar y juzgar admisibles las condiciones ofrecidas antes de que Rusia pueda entrar en negociaciones formales. En casos semejantes ha sido costumbre siempre resolver todos los preliminares antes de la reunión de los plenipotenciarios cuya misión era llegar al acuerdo final. Ahora, el consentimiento del tsar en seguir una línea de conducta que rompe con este antiguo uso diplomático, por medio

ferencia no tardaría en disolverse; pero apenas lanzada esta noticia á la publicidad, ha sido rotundamente desmentida por el interesado.

De todos modos, estas supuestas declaraciones han produ-

día siguiente, constituyéndose prisioneros el general Liapunof, 70 oficiales y 3.200 soldados, y apoderándose los japoneses de un considerable botín de armas, municiones, planos y documentos administrativos y militares.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — La isla Sakhalin, posesión rusa de la cual se han apoderado recientemente los japoneses

de una misión encargada de conocer la índole de las condiciones de nuestros valientes adversarios, es una prenda elocuente de sus sentimientos amistosos, sentimientos que el tsar sigue profesando al pueblo de los Estados Unidos. Al presente quisiera yo decir y demostrar que el ferviente deseo de los rusos y del emperador es fortalecer aun más los lazos de amistad que entre ambas naciones existen. En virtud de este sincero deseo, el tsar, dejando á un lado toda otra consideración, aceptó sin vacilar la invitación de vuestro primer ciudadano. Si mi misión debiese ser estéril bajo todos los demás conceptos; si mis esfuerzos por encontrar una base común para las negociaciones de paz fracasaran, la señalada prueba de amistad dada por el tsar y la nación rusa subsistiría como un acontecimiento memorable á causa de los inmensos resultados benéficos que de él se derivarían para los dos pueblos del Oeste y del Este.»

No ha faltado quien, no contento con estas vagas declaraciones, haya atribuido á Witte otras más concretas, según las cuales las proposiciones del Japón serían inadmisibles y la con-

ferencia cierta impresión pesimista en el Japón, siendo allí muchos los que creen que los rusos sólo van á la conferencia para descubrir las intenciones de su adversario ó para conseguir un armisticio ó para obtener ventajas diplomáticas que priven al Japón del fruto de sus victorias. Por otra parte, la opinión pública japonesa parece inexorablemente resuelta á lograr soluciones adecuadas á las victorias alcanzadas y la seguridad de una paz estable, pues de lo contrario está decidida á continuar la guerra.

El día 5 se efectuó en Oyster Bay, en el *Mayflower*, yate del gobierno americano, la presentación mutua de los plenipotenciarios, que hizo el presidente Roosevelt. Después de las presentaciones, el presidente obsequió á los delegados con un almuerzo, á cuyo final pronunció el siguiente brindis: «Señores, propongo un brindis al que os pido que os asociéis de pie y en silencio, y que no será contestado. Bebo al bienestar y á la prosperidad de los soberanos y de los pueblos de las dos grandes naciones cuyos representantes se encuentran hoy á bordo de este yate. Mi deseo más vivo, mi más ferviente plegaria, son que en interés, no sólo de estas dos grandes potencias, sino también en el de la humanidad toda, se concierte rápidamente una paz duradera y justa.»

Un detalle significativo: el embarque de los plenipotenciarios en Nueva York fué presenciado por una multitud enorme; los japoneses fueron acogidos con muy pocos aplausos; en cambio, al presentarse los rusos, la muchedumbre los aclamó y las embarcaciones cercanas hicieron sonar sus silbatos y saludaron con sus banderas.

Según era de prever, los japoneses se han hecho ya dueños

de toda la isla de Sakhalin. El día 30 de julio, el gobernador ruso de la misma envió al general de las fuerzas japonesas un parlamentario ofreciendo la capitulación, la cual se efectuó al

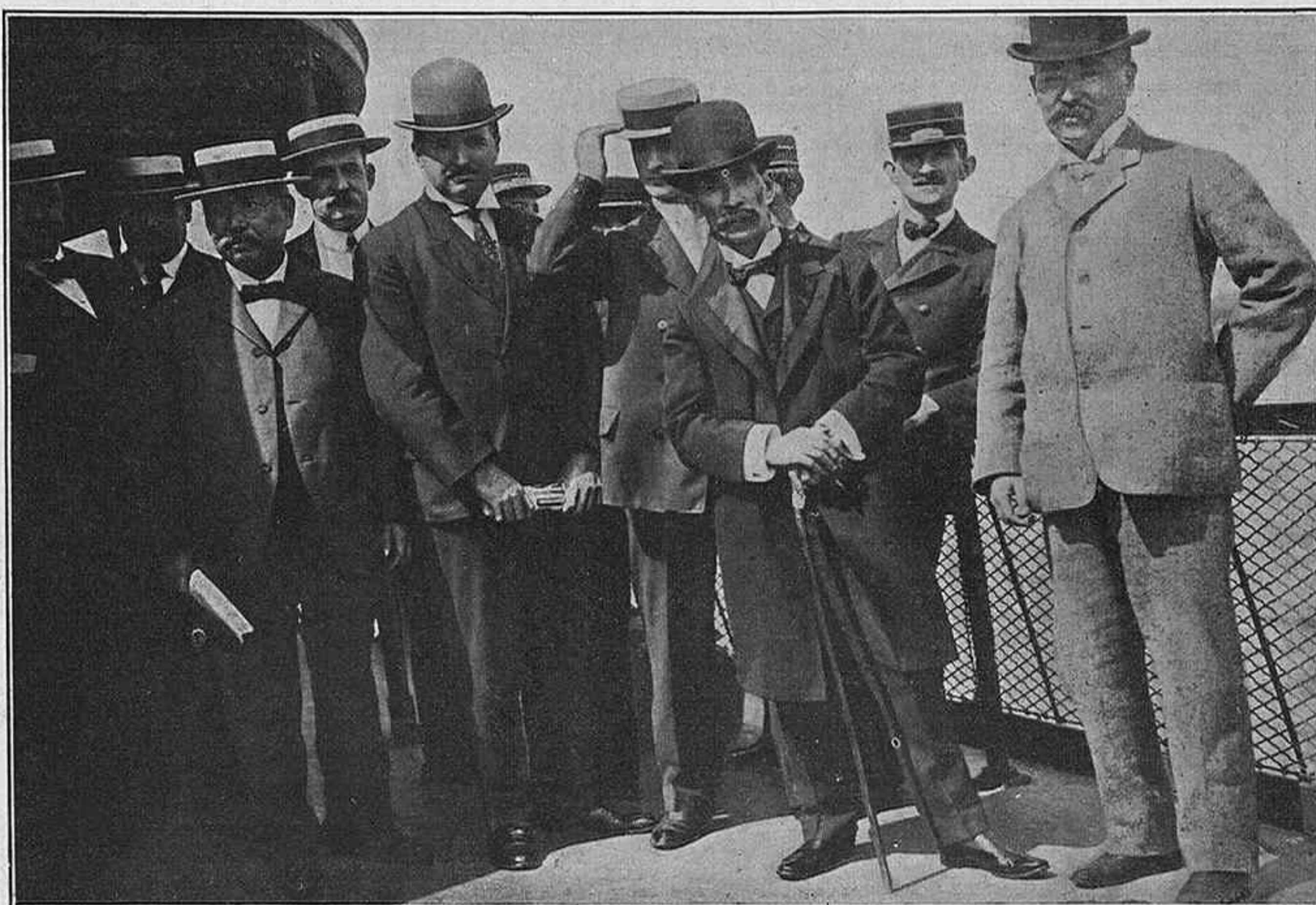
Las lluvias han interrumpido las operaciones en la Manchuria; esto no obstante, en los días 2 y 3 se han trabado algunos combates en la línea de las avanzadas del ala izquierda rusa: La situación de ambos ejércitos no ha variado allí desde hace dos meses.

El general Linevitch envió en 25 de julio último el siguiente telegrama, que nos parece oportuno reproducir porque refleja el espíritu que reina en el ejército ruso del Extremo Oriente: «Los diarios extranjeros han supuesto con frecuencia, en estos últimos tiempos, que nuestro ejército estaba completamente cercado y que su situación era no sólo peligrosa, sino crítica. La prensa rusa reproduce estos rumores erróneos, que son causa de que la opinión se forme una idea falsa de la situación de nuestro ejército. En su consecuencia, debo manifestar á Vuestra Majestad que el ejército nunca se ha encontrado en una situación peligrosa y que nuestros flancos jamás han sido envueltos. Los japoneses han querido quizás envolverlos, pero siempre sin éxito. Estamos frente á frente, y los japoneses están á cierta distancia de nuestra posición principal. Varias veces han querido acercárenos, pero su tentativa no ha dado resultados. Manifiesto á Vuestra Majestad que la moral de las tropas me inspira absoluta confianza: los ejércitos están apercebidos para cualquiera tarea que se les confíe.»

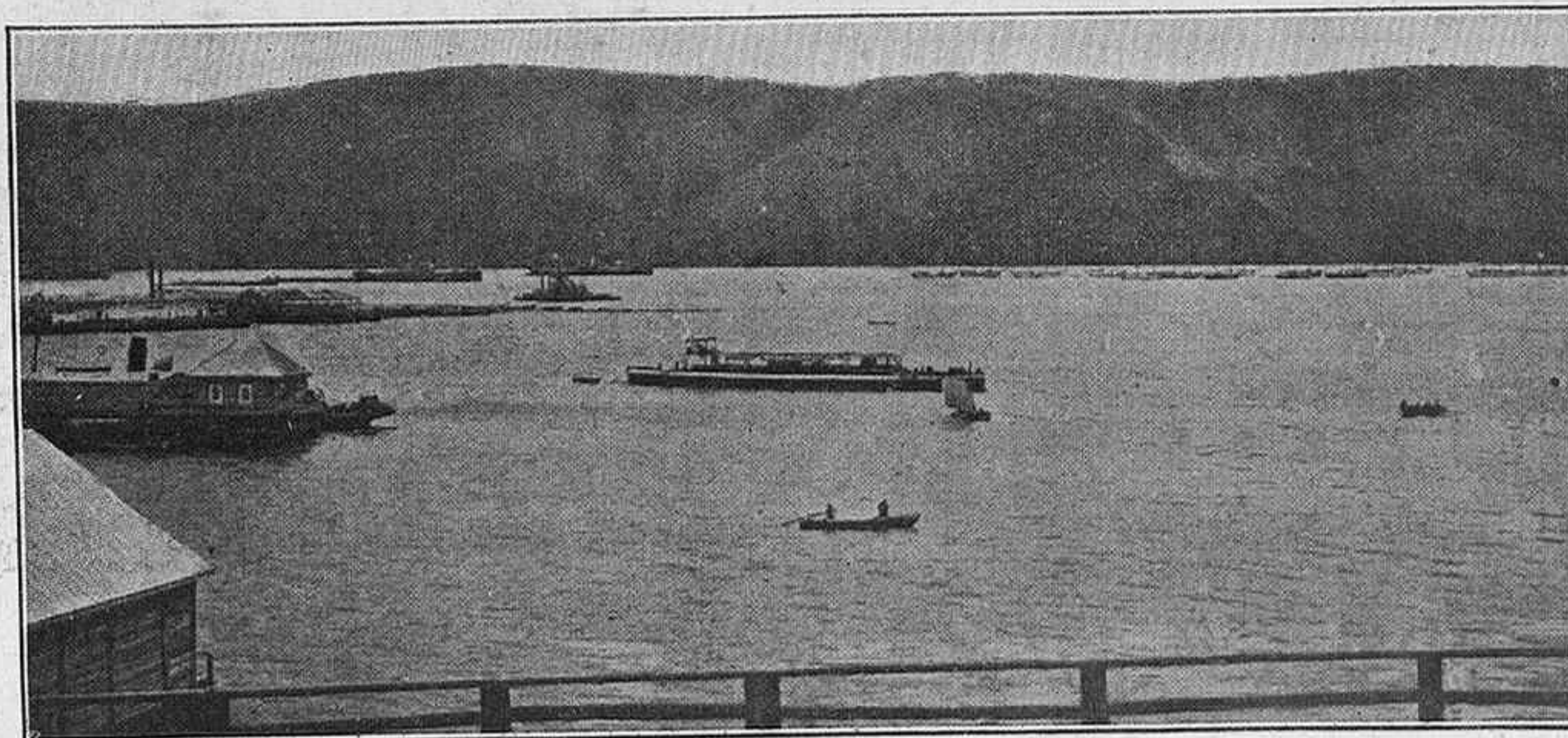
También en Corea las lluvias dificultan las operaciones, siendo muy lento el avance del general japonés Hasegawa.

El destacamento japonés que desembarcó en la bahía de Castries ha vuelto á embarcarse después de haber destruido la ciudad.

Según despachos de origen japonés, los rusos han construído



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Los plenipotenciarios japoneses Komura y Sato á su llegada á Nueva York. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Entrada del puerto ruso de Nikolayevsk (Siberia oriental), situado en la desembocadura del Amur, del que se han apoderado recientemente los japoneses

muchas obras de defensa en la desembocadura del Amur, han enviado considerables refuerzos á Nikolayevsk y han colocado varias minas submarinas en el estuario de aquel río.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.— En la isla Sakhalin. Llegada de un convoy de presidiarios. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.— Presidiarios rusos construyendo terraplenes bajo la vigilancia de centinelas rusos. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Conducción de un herido desde el campo de batalla al ferrocarril.
(De fotografía de «Chicago Daily News.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Infantería japonesa preparándose á atravesar el río Liao.
(De fotografía de «Chicago Daily News.»)

EL PREMIO HERKOMER

PARA LA CARRERA DE AUTOMÓVILES MUNICH
BADEN BADEN—NUREMEERG—MUNICH

La presente época bien puede denominarse la época de las carreras. Hasta hace poco sólo corrían, en el sentido deportivo de la palabra, los caballos en las fiestas hípicas de las grandes capitales y los asnos en las más modestas de las aldeas, pero hoy corre todo en competencia: corren los atletas, las costurerillas (*midinettes*), las bicicletas, las locomotoras, los vapores y por último los automóviles.

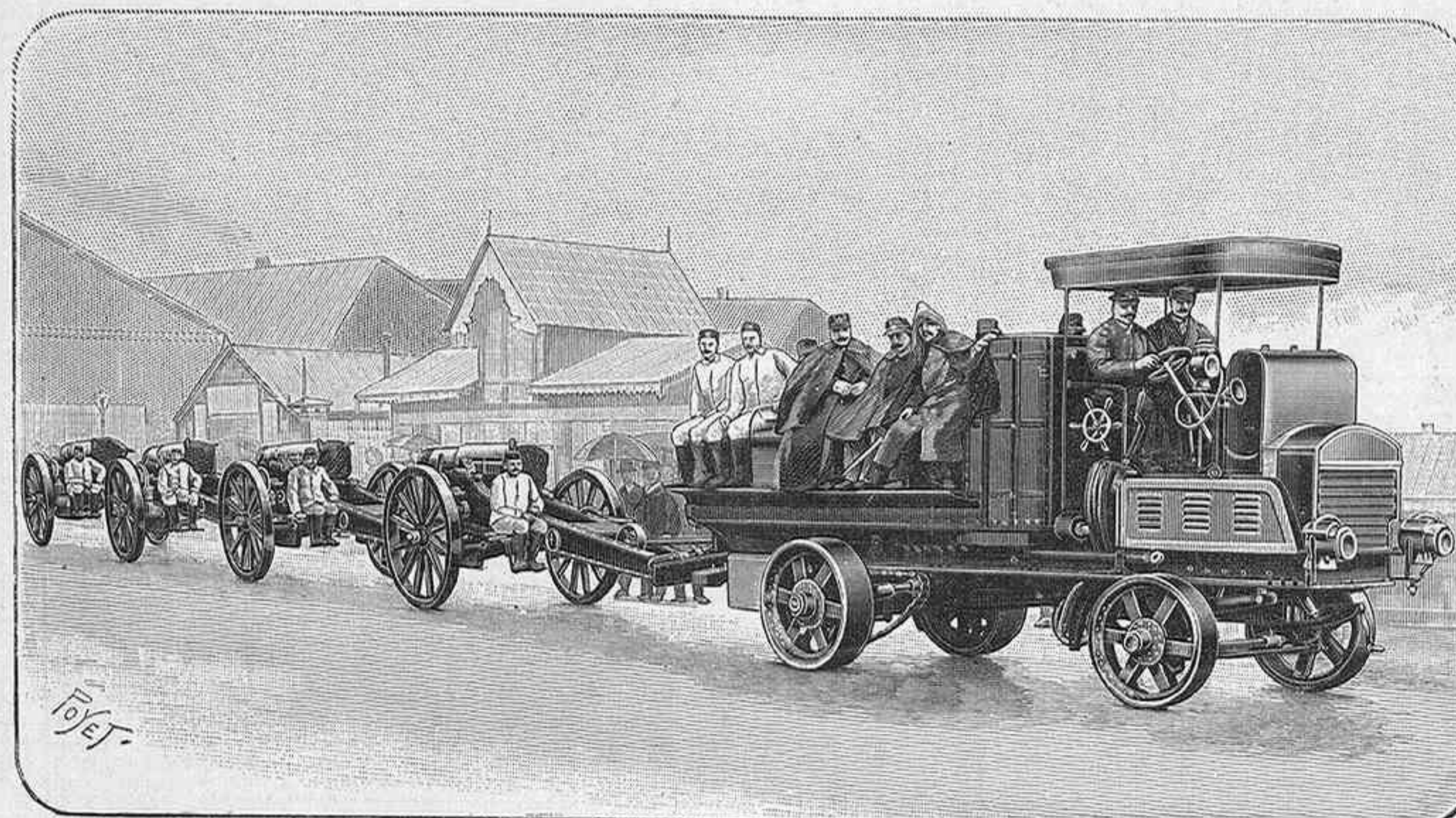
Apenas terminada la carrera de la copa Gordón-Bennet, de la que ha poco nos ocupamos, anuncia el premio Herkomer para los días 14 á 16 de este mes. Esta carrera no será sólo de velocidad, sino que en ella se atenderá con preferencia á la bondad, solidez y resistencia de las máquinas, y estará dividida en tres etapas: primer día, de Munich á Baden-Baden (372 kilómetros); segundo día, de Baden-Baden á Nuremberg (325 kilómetros); y tercer día, de Nuremberg á Munich (235 kilómetros). Se considerará vencedor el automóvil en el cual se hayan notado menos defectos, en el motor y en los neumáticos, durante la carrera.

El premio fundado por el notable pintor y escultor alemán y apasionado deportista Huberto Herkomer consiste en un grupo de bronce y plata por él mismo modelado, y representa á Mercurio guiando un automóvil fantástico y envuelto en nubes de polvo, en el cual hay una figura de mujer que agita una corona, y que parece simbolizar el triunfo de la inteligencia humana sobre la materia. El grupo descansa sobre una roca de mármol. El valor de esta hermosa obra de arte, que adjunto reproducimos, se estima en 10.000 marcos (12.500 pesetas). Además, Herkomer se ha ofrecido á hacer gratis un retrato del vencedor, y esto, tratándose de un maestro tan justamente famoso, aumenta muy considerablemente la importancia del premio.

LA BATERÍA AUTOMÓNIL

DEL EJÉRCITO PORTUGUÉS

El automovilismo se introduce poco á poco en los ejércitos, substituyendo con grandes ventajas á las antiguas locomóviles; así el gobierno portugués ha mandado construir recientemente en los talleres del Creusot una batería automóvil, compuesta de cuatro howitzers de tiro rápido de 150 milímetros y 14 calibres, del sistema Schneider Canet. Estos cañones pueden disparar un proyectil de 40 kilogramos, á una distancia máxima de ocho kilómetros, bajo un ángu-



BATERÍA AUTOMÓNIL DEL EJÉRCITO PORTUGUÉS

lo de 45°, y el peso total de cada uno de ellos, con la cureña, es de 1.335 kilogramos. La característica de esta batería es que cada una de sus cuatro grandes piezas puede ser arrastrada en posición ó de posición á posición por un tractor automóvil, no siendo necesarios los furgones para municiones y demás provisiones indispensables para el tiro.

El plan general fué concebido por el coronel C. R. du Bocage, del arma de ingenieros del ejército portugués, y esta batería constituye actualmente la parte tal vez más eficaz del armamento del campo atrincherado de Lisboa. Las condiciones impuestas en el

proyecto eran bastante difíciles, puesto que era preciso fabricar, para el arrastre de los cuatro cañones enganchados en fila, un tractor automóvil susceptible de llevar una carga útil de cinco toneladas, que



CARRERA DE AUTOMÓVILES MUNICH-BADEN-BADEN-NUREMBERG-MUNICH. Premio ofrecido y modelado en bronce y plata por el célebre pintor y escultor alemán Huberto Herkomer.

comprendía las municiones y los diversos accesorios y los artilleros de la batería, excepto cuatro que habían de ir sentados en las cureñas; la carga remolcada se estimaba en 14 toneladas y la velocidad mínima había de ser de cinco kilómetros y medio para todas las cuestas que no excedieran del 8 por 100. Además, el tractor había de poder subir los cañones por cuestas del 12 por 100, á cual efecto debería su-

bir solo á la cumbre del plano inclinado que hubiese que salvar, ó á lo menos hasta un punto suficientemente elevado, desde donde pondría en movimiento una cabria instalada en su plataforma y á la cual se enrollaría un cable al que estarían atados los cañones.

Este programa ha sido ejecutado en las mejores condiciones por el ingeniero M. Eugenio Brillé, cuyos automóviles son bien conocidos y apreciados, de acuerdo con la fábrica del Creusot, que ha construido el tractor combinado para responder á este plan.

El vehículo propiamente dicho se compone de un

marco enteramente metálico con todas sus piezas perfiladas en U; el motor va encerrado en un sólido *carter*; en la delantera están el depósito de esencia ó de alcohol y el de agua de circulación. El motor es del tipo de cuatro tiempos y cuatro cilindros y está dispuesto sobre el eje de las ruedas delanteras, que es el de dirección, y el movimiento se transmite al juego trasero por medio de un engranaje, un árbol principal, un cambio de velocidad y un contra-árbol que lleva á cada extremo una rueda de cadena para el gobierno de las ruedas motrices.

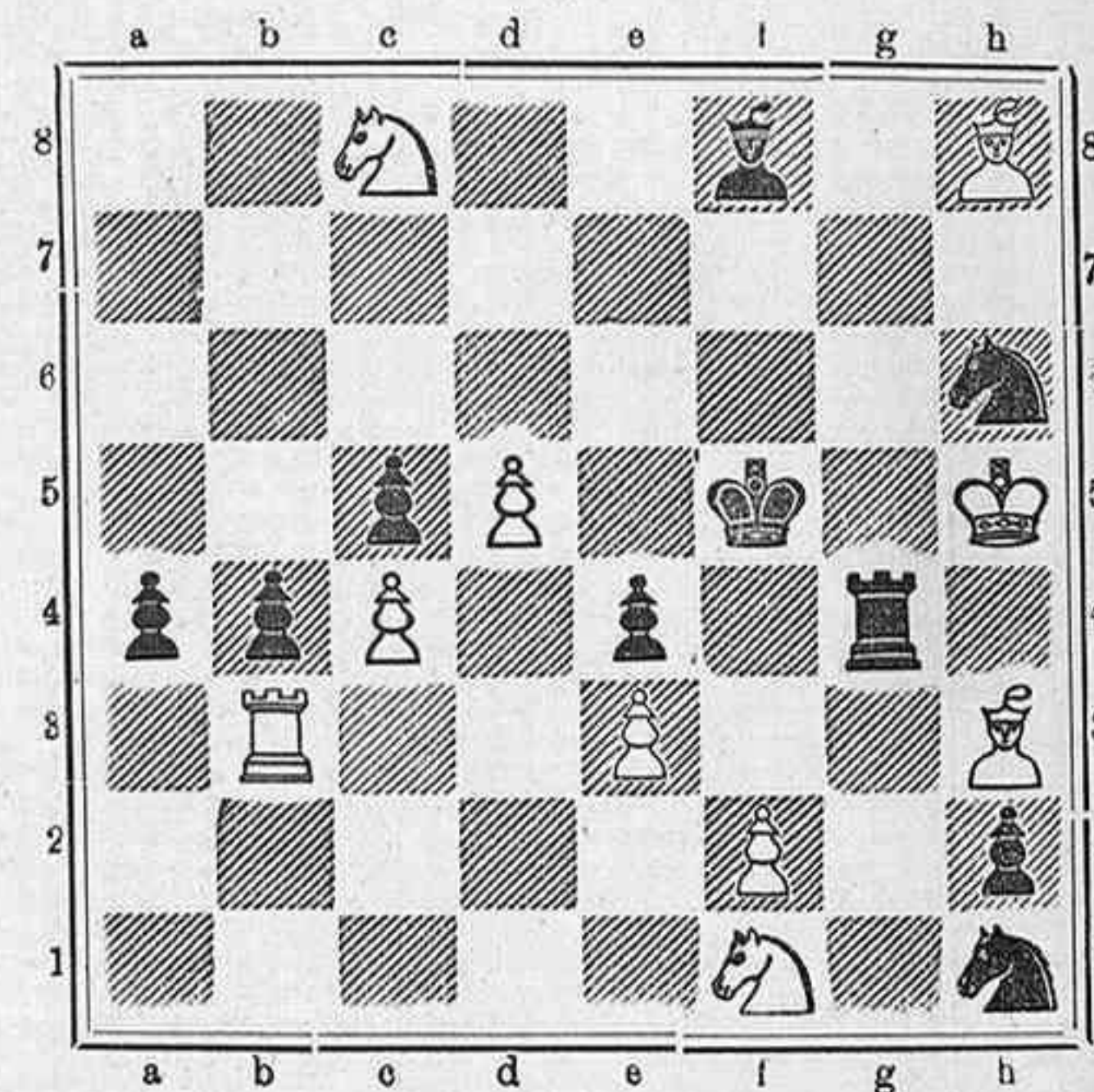
El tractor, que tiene dos frenos, pesa en disposición de marcha siete toneladas, y según se había previsto, cinco más con su carga, consistente en proyectiles y cartuchos dispuestos en un arcón en la trasera. Las provisiones de petróleo (180 litros) y de agua (30 litros) le permiten recorrer 75 kilómetros sin renovarlas. Las pruebas de marcha han demostrado que el vehículo puede correr 12 kilómetros por hora en las carreteras buenas, siete ú ocho en las accidentadas ó mojadas por la lluvia, y que el consumo de esencia no pasa de 0'065 á 0'07 litros por tonelada kilométrica; en cuanto al del agua apenas llega á dos litros diarios.

Uno de los elementos más importantes de este automóvil es la cabria de que antes hemos hablado, que permite atravesar los pasos más difíciles, sea al convoy entero, sea primero al tractor y luego á los cañones, subidos de uno en uno. Esta cabria puede enrollar 200 metros de cable de acero en distintas direcciones, y permite izar ó arrastrar los cañones hacia delante ó hacia atrás ó lateralmente.—D. B.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 395, POR C. BAYER.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 394, POR J. POSPISIL.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C e5 x g6 | 1. A e1 - b4 |
| 2. C g6 - f4 | 2. Cualquiera. |
| 3. D ó C mate. | |

VARIANTES

- | | |
|--------------------------------|------------------------------------|
| 1..... T a5 x a8 ó T juega; | 2. C d6 - b5 jaque, etc. |
| 1..... A e1 - d2 ó f2, g3, h4; | 2. T e2 x d2 jaque, etc. |
| 1..... A e1 - c3; | 2. C g6 - f4 etc. |
| 1..... c7 x d6, c7 - c6; | 2. Da8 - h8 jaque, etc. |
| 1..... R d4 - c3; | 2. Da8 - h8 jaque, etc. |
| 1..... f5 - f4; | 2. Da8 - e4 jaque, etc. |
| 1..... c4 - c3, g4 x h3; | 2. Cd6 x f5 jaque, etc. |
| 1..... g4 - g3; | 2. Cd6 x f5 jaq., ó Cg6 - f4, etc. |

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, Bd ITALIENS, PARIS.

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—No todo se reduce á minas de petróleo, Mauricio, dijo el barón, y si quieres sentar la cabeza yo te colocaré en mi casa.

—Sí, para sacar cuentas y contar luises. No. Háblenme de una especulación inmediata, de un golpe de las mil y una noches como el negocio de Valentín; pero no de otra cosa.

—Vamos, un milagro. Eso sucede muy raramente, amigo mío. Por lo general, no se llega á la fortuna más que con mucho trabajo y con mayor paciencia. Vaya, hasta la noche...

Estrechó la mano á Condottier, besó á su mujer en la frente y se fué. Rosa permaneció pensativa; ni las bromas de Mauricio, ni las amabilidades del marqués, consiguieron desfruncir su entrecejo, en vista de lo cual los dos jóvenes se despidieron de ella. La brusca reaparición de Valentín Raynaud la preocupaba. En los dos años que había estado fuera sólo oyó hablar de él muy vagamente; sabía que su padre recibía con mucha regularidad noticias del antiguo capataz, pero nunca decía nada respecto á la situación de Valentín. Por su parte, Rosa tampoco preguntaba; no le agradaba recordar la conversación última que le había descubierto todo cuanto Raynaud tenía interés en ocultar.

Se acordaba perfectamente de que en aquella discusión de principios con el compañero de su infancia ella se había quedado muy á la zaga, y en su imaginación volvía á verle sucesivamente grave y apasionado, y sentía de nuevo la impresión de asombro, casi de irritación, que experimentó al creerse dominada por aquel á quien siempre considerara como un subalterno. La verdad era que se había equivocado grandemente al juzgar á Valentín; pero era ya demasiado tarde para modificar sus ideas y sus proyectos. En otro tiempo había tratado de rebajarlo para salvar al menos su amor propio, y ahora reaparecía poseedor, según se desprendía de lo dicho por Folentin, de una de las dos fuerzas que á juicio de la baronesa eran indispensables para la soberanía mundana: una gran fortuna. Rosa pensó que era justo que así fuese y aun le pareció que no era sorprendente. Valentín, que un día, durante una hora, había dominado moralmente á Rosa, debía ser un espíritu superior, y la joven experimentaba una satisfacción al pensar que un hombre que había levantado sus ojos hasta ella se revelara digno de tamaño atrevimiento. Y sintiendo que le sería grato volver á encontrarse en su pre-

sencia, esperó con curiosidad que este momento llegase.

Al parecer, Raynaud tenía menos prisa porque ya

demostrarle de este modo que el poder del dinero tiene también sus límites; y ahora veía que Valentín, lejos de pretender humillarla, huía de ella.

Pronto se sintió molestada por el despecho, y las buenas intenciones que por un momento la habían animado se modificaron. Mas lo cierto era que Valentín ocupaba plenamente el pensamiento de la baronesa y tal vez á esto mismo se debía la irritación que de ella se apoderaba. Por fin, una mañana su padre le dijo por teléfono:

—Esta noche come con nosotros Valentín Raynaud. Ya sabes que tanto tú como tu marido estáis invitados.

Hacia quince días que Rosa estaba comprometida para asistir á otra comida; pero la tentación era demasiado grande. Inmediatamente, y sin consultar á Folentin, contestó aceptando, y preguntando sólo á título de información:

—¿Sois muchos, ó se trata de una comida en familia?

—Duburle y tu hermano. Nadie más; de modo que no tienes necesidad de vestirte.

—Será preciso aceptarme en traje de recepción. Tengo que ir á casa de los Roccanera.

—Te recibiremos como vengas.

Rosa no tenía intención de ir á casa de los Roccanera, en donde se aburría soberanamente, porque en el salón del duque se reunía la sociedad más monótona y grave de París; pero desde el primer momento había decidido presentarse ante Valentín Raynaud en todo su esplendor. Llegó tarde, pues quería que todos estuviesen reunidos cuando entrase, y á la primera mirada vió á Valentín que, modestamente y de pie en uno de los rincones del salón, hablaba con Duburle. Se dirigió resueltamente á él con el rostro resplandeciente y la mano extendida, y él la acogió inclinando la frente con un saludo ceremonioso, y apenas rozó con los labios los dedos que un Condottier hubiera besado ardientemente. Rosa fué la primera que habló.

—Me alegro mucho de su vuelta, señor Raynaud, y tengo la seguridad de que papá está contentísimo. Parece ser que ha tenido usted suerte. Ya me lo contará. ¿No es cierto? Debe ser muy interesante.

Haciendo un esfuerzo, Valentín contestó:

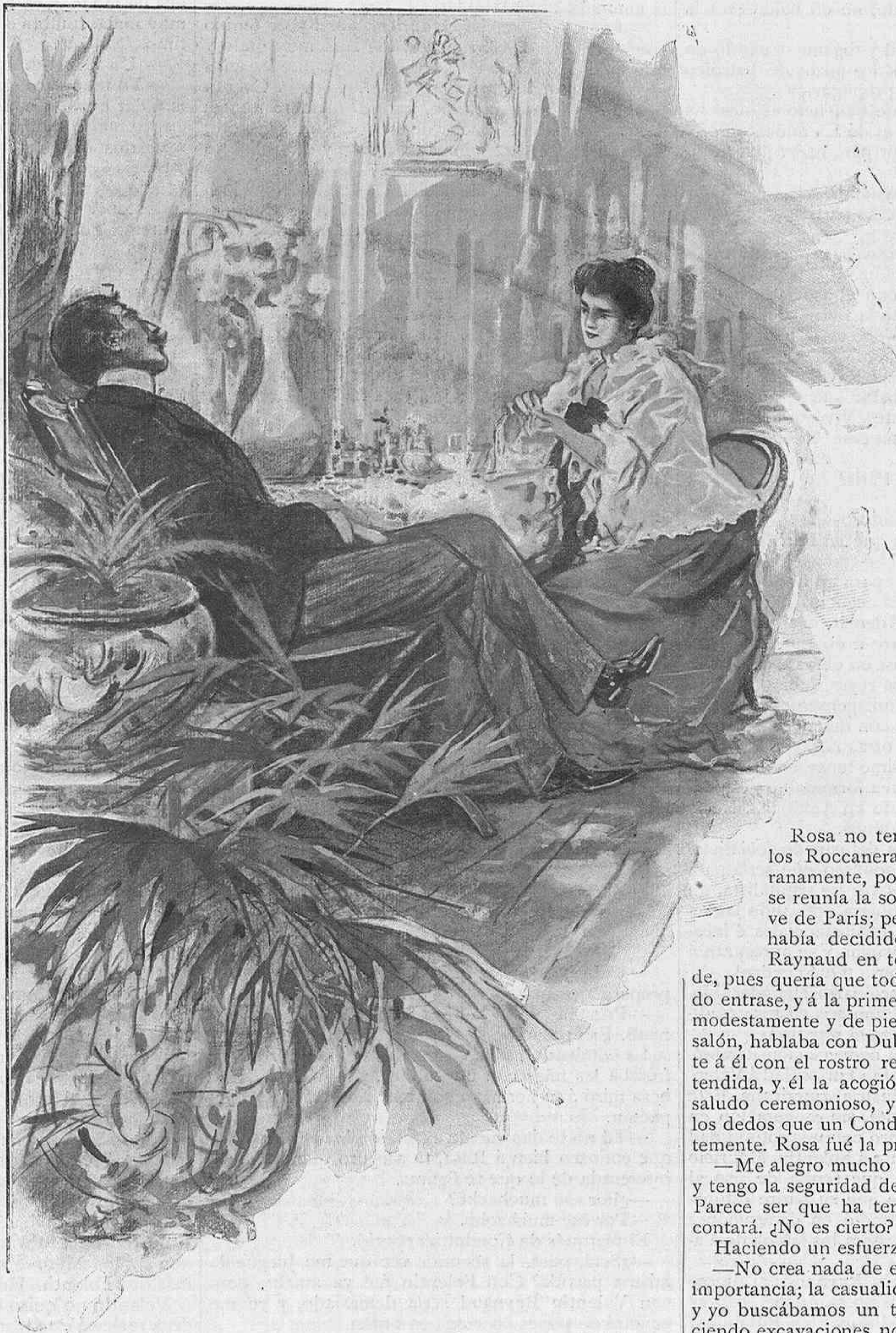
—No crea nada de eso, señora; todo eso no tiene importancia; la casualidad lo ha hecho todo. Evans y yo buscábamos un terreno para construir, y haciendo excavaciones nos encontramos con el petróleo. Ni más ni menos.

—Es verdaderamente curioso que esas cosas no les pasen nunca á los imbéciles. ¿Y las fuentes, son abundantes?

—Si no disminuyen, son casi las más productivas.

—¡Bravo! Es un gran recurso para los automóviles.

Al dar las ocho se sentaron á la mesa, y Rosa pudo examinar con detenimiento á Raynaud, á quien encontró cambiado y mejorado. Había elegido un buen sastre y estaba vestido con sobria elegancia, que le hacía más esbelto. El viento de las llanuras y el aire del mar había bronceado su rostro, y parecía más joven que cuando se marchó. Durante la comi-



La condesa Grosdsko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas

iban muy cumplidos quince días desde que Folentin había anunciado su llegada y diez desde que Prévinières recibiera la visita de su antiguo dependiente y Rosa esperaba aún la deseada visita. Al principio asombróse de la poca prisa que Valentín se daba en presentarse, pero luego se persuadió de que este retraimiento era debido al temor de encontrarse frente á frente de ella, y esta timidez la divirtió. Había creído que el joven, orgulloso con su fortuna recientemente adquirida, se presentaría como un triunfador, y se había propuesto tratarle duramente para

da habló poco, y sólo cuando le interrogaban. Prévinquieres le miraba con satisfacción, en la que se mezclaba una gran tristeza; cuando fijaba sus ojos en Valentín y luego en su yerno, era fácil ver que la comparación que entre ambos establecía no resultaba favorable á Folentin. Pero lo hecho no se podía deshacer.

Después de comer pasaron al saloncito de fumar, y Duburle, que sentía el horror del tabaco, se quedó con las señoras. Rosa le dijo:

—Padrino, usted que entiende de estas cosas, me explicará lo que es un negocio de petróleo.

—Querida mía, es muy sencillo. Pongamos por ejemplo la «Rowland-oil Company,» que está dividida en acciones de veinticinco francos. Cada acción produce cuatro ó cinco francos por mes.

—Esto es, un doscientos cincuenta por ciento.

—Calculas admirablemente; no en balde eres la mujer de un banquero.

—Vaya, no se burle usted y dígame. Cuando en vez de dividirse en acciones los pozos de petróleo son explotados por su ó sus propietarios...

—Entonces son millones de beneficio al mes. Es un negocio más grande que el de las minas de oro. Hoy no se conoce nada mejor para hacer una fortuna enorme con gran rapidez.

—¿Entonces, Valentín Raynaud?..

—No sé á cuánto asciende su participación en la *Evans oil*.

—¡Ah! ¿Se llama la *Evans oil*? ¿Y por qué no la *Valentín-oil*?

—¿Qué quieres! Cortesía con el asociado indígena, finura local. Por lo que en la Bolsa se murmura, la cartera de ese muchacho debe estar bien repleta.

—Pues no ha cambiado nada.

—¿Qué querías que hiciese? Raynaud no es ningún imbécil, y no era de esperar que se pusiese en el chaleco botones de brillantes. Vive en Palace-Hotel, pero piensa comprarse una casa. Hablaba de eso cuando tú has llegado.

—¿Piensa establecerse en París?

—Sí.

—¿Piensa retirarse tan pronto?

—Retirarse, por qué? ¿Es que en París se trabaja menos que en otras partes? Se trabaja de otro modo, pero se trabaja también; y para un hombre como Raynaud, acostumbrado á los negocios, hay mil modos de ocuparse útilmente. Además, cualquiera que tenga dinero, y esto le ocurre á él, puede prestar servicios inmensos ocupándose en obras sociales. En esto no hay nada hecho. Los reyes debían llevar á cabo las reformas que son indispensables. Pero los soberanos ya tienen bastante con defender su trono, y no les queda tiempo para otras cosas. Será necesario que un filántropo riquísimo tenga un día la humorada de emprender esa tarea formidable y espléndida. Carnegie la ha empezado en América... Necesitaríamos un Raynaud en Francia.

—Pero, padrino, ¿qué sería del partido socialista?

—Caería en el ridículo, y confieso que sería para mí un gran motivo de alegría ver un capitalista, un burgués, un patrono, que empieza aplicando las reformas que esos charlatanes insubstanciales é incapaces prometen desde la oposición y se apresuran á olvidar cuando llegan al poder... ¡Qué cuadro!

—Vamos, usted es un reaccionario empedernido.

—Vamos, niña; á mi edad, con mis gustos y tradiciones, ¿querías que defendiese el reparto?

Los fumadores volvían y la conversación cambió. Prévinquieres preguntó con gran curiosidad á Valentín cosas referentes á la industria americana. Éste respondía clara, reposadamente, sin exageración en la alabanza ni en la crítica, pero con una rotundidad que impresionó profundamente á Folentin. Mauricio expresó vivamente el deseo que sentía de irse al Nuevo Mundo, y en vista de que su padre estupefacto nada replicaba, se extendió en divagaciones que hicieron asomar una sonrisa á los labios de Valentín.

—Pues bien, Mauricio, dijo Raynaud; si quiere usted marcharse, y su familia no se opondrá, no hay nada más sencillo que irse á reunir en Pittsburgo con Evans. Le recibirá con gran satisfacción, y si desea ocuparse en negocios no le será difícil dirigirle...

—¡Ah! Si esto fuese posible, exclamó Prévinquieres con entusiasmo, Valentín, con ello me prestaría el más señalado servicio. Sí, arrancar á ese muchacho de la ociosidad y hacer de él un hombre como es debido, esto es, volverle á su verdadero destino, que no es otro que trabajar como han trabajado todos los Prévinquieres...

—Hasta ahora, dijo Mauricio, cuanto se me había propuesto era cosa muy distinta. No se me había hablado más que de entrar en un despacho ó de vigilar obreros en la fábrica... Pero ir á un país nuevo, ocuparse en grandes trabajos y con una actividad

constante, es cosa que vale la pena de emprenderse.

—Nada, ya está entusiasmado, dijo Rosa sonriendo. ¿Cuándo te embarcas?

—Cuando quiera Valentín. Aquí hago una vida de imbécil, y estoy dispuesto á probar que no soy tonto de remate; que no soy un cualquiera.

—Y ¿quién es ese otro cualquiera?, preguntó burlescamente Folentin.

—Supongamos que seas tú, respondió Mauricio.

Folentin hizo una mueca. Le gustaba decir imperatinencias, pero detestaba que se las devolviesen.

—Y ¿quién será tu comendatario, querido?, agregó, pensando tomar el desquite en el terreno financiero.

—Raynaud; estoy seguro, exclamó el joven.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín, quien, volviéndose hacia Mauricio, dijo con voz que la emoción hacía temblar:

—Le doy las gracias, Mauricio, por haber tenido confianza en mí. Con efecto, me será muy grato y muy fácil devolverle un poco del apoyo que los míos y yo hemos recibido siempre de los suyos. Cuanto soy se lo debo á su padre, y no lo olvidaré nunca; de modo que por mucho que haga para serle útil, siempre me creeré obligado á más, y con ello no agotaré todo mi agradecimiento.

—Bueno, bueno; no hablemos de esto, dijo Prévinquieres. Es preciso que la resolución de Mauricio no parezca un capricho; un poco de reflexión dará más firmeza á sus proyectos. Demos por sentado, Valentín, que acepto sus ofrecimientos, pero metálicamente yo atenderé á todas las necesidades; no tendremos que molestar á nadie.

Al decir esto dirigió una mirada de reproche á Folentin; pero el barón sólo entendía lo que quería entender, y dirigiéndose á su mujer le dijo:

—Querida, si quieres ir á casa de los Roccanera, me parece que ya debemos retirarnos...

—No, dijo Rosa con resolución. Me aburro mucho en aquella casa..., estoy muy bien aquí. Señor Raynaud, ¿quiere usted contarnos cómo se decidió á comprar los terrenos de Chiquito? Porque es en Chiquito donde están sus pozos, ¿verdad?

—Querida, dijo Folentin con acritud, abusos de la complacencia del Sr. Raynaud. No haces más que hablar de sus petróleos, y serás muy capaz de pedirle acciones...

—Y ¿con qué las pagaría?, replicó Rosa alegremente. ¿Acaso tengo dinero? En cuanto reuno unas pesetas se van corriendo á casa de la modista... Mi marido tiene razón, Sr. Raynaud, agregó suspirando. Necesitaría descubrir una mina... Me asociaré con Mauricio, y cuando haya ganado millones me dará una parte.

—Cualquiera que te oyese, dijo Folentin, se figuraría que no tienes una peseta. Afortunadamente me conocen y saben que te doy...

—Lo estrictamente superfluo.

Y haciendo un gesto para imponer silencio á su marido, se volvió hacia Raynaud y le dijo:

—Vamos, Valentín, le escucho.

II

—¿Sabes, querido, que la hermosa Folentin se prepara á plantarte?

—Primera curiosidad excitada por Valentín Raynaud. Eso pasará.

La condesa Grodsko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas con un pulidor, y moviendo la cabeza miró á su hermano con mal disimulada preocupación.

—Tú no te das cuenta exacta de la situación. Yo, que conozco bien á Rosa, te aseguro que está más interesada de lo que te figuras.

—¿Por ese muchacho?

—Por ese muchacho.

El marqués de Condottier sonrió.

—¿Será, pues, la segunda vez que me juegue la misma partida? Con Folentin fué ya mucho, pero con Valentín Raynaud sería demasiado, y yo me cuidaré de poner las cosas en orden.

—Te advierto que tiempo es de que las pongas.

—¿La crees capaz de engañar á Folentin con el antiguo empleado de Prévinquieres?

—No, pero la creo capaz de no querer oír hablar de engañarle contigo, lo que equivaldría á lo mismo.

—Entonces, y sin darse cuenta de ello, Valentín prestaría un famoso servicio á su marido.

—¿Sin darse cuenta de ello? Y ¿tú que sabes?

—Tú siempre has tenido el convencimiento de que Raynaud sentía una viva pasión por Rosa.

—Basta con verlo cuando está ante ella, para tener la seguridad de que esa pasión no ha hecho más que aumentar y embellecerse.

—Y ¿en qué podría traducirse?

—Pues dado el individuo, en un platonismo intenso. Dada la dama... será preciso verlo... Me parece muy agitada... Ya no se aburre, y sólo con esto tú pierdes ya el cincuenta por ciento de las probabilidades. Todo consiste en saber si, en caso de presentarse ocasión, Valentín sería hombre capaz de aprovecharla, cosa que no creo. Es uno de esos hombres para los cuales el respeto por el objeto de su amor no puede ser más grande, y que creerían cometer un sacrilegio dando gusto á una mujer que sólo desea dejarse querer. La peor especie de galanes; mitad *Jocrisse*, mitad *José*, y admirablemente contruidos para inspirar desde el primer momento una admiración que á los cinco minutos se cambia en despecho y al cabo de media hora en desdén.

—¿Qué psicología!

—No creo en los ángeles guardianes. Están pasados de moda, y es cosa vieja. Verdaderamente sería muy mala sombra si tú hubieses topado con el último.

—¿Un Angel de la Guarda venido de América!

—Yo me figuro que si Valentín Raynaud se limita á dar buenos consejos á la baronesa de Folentin en el preciso momento en que me parece que desea recibirlos malos, se desacreditará muy pronto. Entonces, el que esté á la mira para recoger el capricho dejado sin satisfacer, tendrá muchas probabilidades de obtener un resultado lisonjero. Yo no digo que no tenga que oír la frase de las mujeres de los cuartos actos de las comedias que hacen tonterías con la cabeza en vez de hacerlas con el corazón: «¡Oh! Déjeme usted, me inspira usted horror.» Pero, después de todo, la dama caerá, y una vez cometida la falta se calmará. De esto á un sentimiento muy vivo por el cómplice no hay más que un paso, y si es el marqués de Condottier quien entre en el asunto, el barón de Folentin será castigado por donde más pecó.

—Eres extraordinaria, y te admiro.

—Dame un beso, y vete. Tengo que vestirme, y no debes de vigilar las maniobras de tu bella amiga.

Sí, la condesa Grodsko, con la sagacidad de la mujer que juzga á las demás según sus propios sentimientos, veía claro en los de la baronesa de Folentin, estaba también en lo justo al prever las intenciones de Valentín Raynaud. Éste, vuelto á Francia con la convicción de que Rosa era dichosa, se había apesadumbrado al convencerse de que no lo era. En ocho días se dió cuenta exacta de lo artificioso de la situación que ocupaba la joven. Sólo había tenido que escuchar y que comprender. Prévinquieres había dicho, en pocas palabras, á Valentín mucho más de lo que éste tenía necesidad de saber.

—Sí, mi hija es una de las reinas de París, pero maldito para lo que le sirve. No tiene vida íntima y todas sus satisfacciones son exteriores. Su marido es un muchacho encantador que hace cuestión de amor propio é no ocuparse de ella. Cada uno conserva su libertad, y después de dos años de matrimonio no tienen hijos; he ahí las costumbres nuevas. Por el momento todo va bien, pero dentro de diez años, cuando la madurez llegue y sea preciso pensar en otra cosa que en pasear por los salones, ¿qué ocurrirá en ese hogar? La casa estará vacía, el hogar triste. Cuando digo estas cosas me tratan de viejo... Es *ro-coco*, antigua usanza, teatro de Scribe y canciones de zarzuela sentimental, ¿qué sé yo! Se rien de mí; pero más tarde, cuando la juventud se haya desvanecido y sólo quede el hastío del placer, sin nada para que sirva de consuelo, no se reirán. Raynaud, no es esto lo que había soñado. Mi hija lo ha querido, y ella será la que pague las consecuencias.

Valentín no hizo nada para que esas confidencias pasaran adelante. Comprendió que si decía una sola palabra, Prévinquieres le replicaría:

—¿Por qué no acogí á usted favorablemente cuando me confesó la pasión que mi hija le inspiraba, y por qué no la obligué á que lo aceptase por marido? En usted debía de haber recaído la elección, pues aun sin los millones del petróleo valía usted mucho más que Folentin. Hoy no hay comparación posible.

Valentín no quiso oír este *mea culpa*, y su delicadeza rechazó este triunfo inútil. ¿Para qué semejante desquite? Su amor propio no lo deseaba, y en cuanto á su ternura hacia Rosa era demasiado profunda para que pudiera alegrarse viéndola mal casada y perdidas las ilusiones que para el porvenir se había forjado. Así es que cortó las lamentaciones de Prévinquieres diciendo:

—Yo creo que exagera usted los inconvenientes de una posición magnífica. En este mundo no hay nada completo, y la felicidad menos que otra cosa. Además, si los señores Folentin están contentos con su suerte, no hay que ser más exigente que ellos mismos.

Prévinquieres suspiró, movió la cabeza y cambió de conversación.

En los círculos industriales, que Valentín volvió á frecuentar, se murmuraba mucho, y desde los primeros días oyó decir con la mayor naturalidad que la hija de su antiguo jefe tenía por amante al marqués de Condottier. Se reían del «imbécil de Folentin» que no veía más allá de sus narices, y se daba tono de conquistador, cuando su mujer le engañaba. En vano Valentín trataba de negar y defender; le contestaban con rotundas afirmaciones. El marqués y la baronesa no se separaban un momento, y se daban cita en casa de la condesa Grodsko, que protegía los amores con gran complacencia. Los detalles fueron tan completos, tan circunstanciados, que la fe que Valentín tenía en la virtud de Rosa vaciló. Después de todo, ¿por qué había de guardar consideraciones á aquel tonto que se pavoneaba simulando que la conducta de su mujer le importaba muy poco? ¿No la autorizaba para que hiciera cuanto le diese la gana?

Para Raynaud, todo esto fué un cruel tormento. No podía desprenderse de las impresiones de su infancia y de su juventud, y formar de Rosa otra idea que la que toda la vida había tenido. Él la veía únicamente lozana, pura, sonriente, tal y como la había amado. Sin embargo, se acordaba de otra Rosa con la que había sostenido, en el jardincito de la fábrica de Beaumont, una conversación llena de revelaciones inesperadas. Aquel día le había oído desenvolver un programa de ambición y de vanidad, y la había visto dispuesta á sacrificarlo todo al deseo de aparentar, sin que para ella ni la ternura ni la inteligencia tuviesen ningún valor, y colocando por encima de todo el rango y la fortuna. Esa Rosa que tan gran desencanto le había proporcionado, ¿no era capaz de convertirse en la gran mundana, desdeñosa del qué dirán, sin respeto á la fe jurada y dispuesta á arrojarse en brazos de un hombre seductor que halagara su vanidad?

Raynaud sufría atrozmente pensando que la que todavía adoraba hubiese llegado á semejante estado moral, y empezó á odiar á Folentin, que había ocasionado el rebajamiento, y á Condottier, que se aprovechaba de él. Esto no obstante, invitado á comer por Folentin el día de su encuentro con él en casa de Prévinquieres, aceptó, y aunque quería negarse, no quiso emplear hipócritas mentiras. La sola idea de que Condottier podía estar presente le hacía temblar; sabía que no podría evitar el encontrarle alguna vez, y que toda tentativa para retardar el momento era pueril; pero ¿podría impedir que su sangre hirviese y que su corazón latiera con violencia?

Se dirigió al hotel de los Campos Elíseos sintiendo muy vivas inquietudes; pero en seguida comprendió que la frivolidad de aquellos que podían llegar á penetrar sus más íntimos sentimientos le ponía al abrigo de toda sorpresa; su observación superficial no les permitía analizar los sentimientos que con tanto cuidado ocultaba Valentín. Sólo la condesa Grodsko, clarividente por su costumbre de intrigar, debía adivinar lo que encerraba la reserva del antiguo empleado de Prévinquieres y lo que ofrecían de inusitado las amabilidades de Rosa con un hombre que no era de su clase. Sin la menor turbación, Valentín se vió presentado al marqués de Condottier y aun experimentó la sorpresa de no encontrarlo desagradable. Amable como de costumbre, el marqués procuró hacerse grato al viajero que volvía de América. La gravedad de Raynaud, que á despecho de

las habilidades de la baronesa de Folentin permaneció apartado y hablando con Prévinquieres, engañó al joven marqués. Valentín fué catalogado por Condottier entre los hombres serios, y como hasta entonces para él hombre serio era ser todo lo contrario de lo que él era, no dió ninguna importancia á los obsequios que la dueña de la casa prodigaba al impasible Raynaud. Sin embargo, saltaba á la vista que Rosa hacía esfuerzos para agradarle y le dedicaba todas sus sonrisas. Duburle, que era un Condottier en el ocaso, no se había equivocado, y al día siguiente, encontrándose á solas con su ahijada, no le ocul-

es más tonta que la noche. Ni le he hecho nada, ni la conozco.

—Pero ella te conoce, y ahí está la causa; devuélvele á Condottier y te querrá.

—¿Acaso se lo he quitado?, replicó Rosa, á la que la ocurrencia hizo enrojecer. Condottier puede ir adonde se le antoje. No lleva collar...

—Hace quince días que no hubieras dicho semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque entonces te gustaba ver rendido á Condottier. Hoy ni siquiera te fijas en el modo como

hace su recorrido... Ahora te saluda... Buenos días, marqués... Salta usted admirablemente.

—¿En qué sentido lo dice usted?, preguntó Rosa sonriendo.

—En todos, replicó tranquilamente Duburle. Salta, marqués... Ahora saltas por el rey... de Prusia. Si fuese Valentín, sería otra cosa.

—Seguramente sería una cosa nada vulgar. Se imagina usted á Valentín Raynaud con frac encarnado en esta pista bordeada de tribunas, y haciendo de amazona de circo para divertir á todos esos imbéciles que miran...

—Eres dura para nosotros.

—Yo también formo parte de esos imbéciles.

—No hace mucho los juzgabas de muy distinta manera. ¿Cómo se ha cambiado en plomo el oro?

—Padrino, es usted insostenible.

—Eso es lo que se dice generalmente á las gentes cuando su clarividencia nos molesta.

Esta vez Rosa se enfadó, y mirando de hito en hito á Duburle le dijo:

—¿Se figura usted que estoy enamorada de Valentín Raynaud?

—No me atrevería á jurar lo contrario.

—¿Y quién le habla de jurar? Tranquílcese y no siga adelante con sus suposiciones.

—¿Te enfadas? Síntoma grave.

—Ahí vuelve galopando el marqués de Condottier.

—Debe galopar; ya es tiempo.

La condesa Grodsko, como si hubiera adivinado que su presencia era necesaria, dejó á la señora Vallauris para reunirse á Rosa. Tendió la mano á su amiga y á Duburle, y dijo:

—Ha montado bien, ¿verdad?

—Han debido silbarle los oídos, pues no hemos hecho más que hablar de él.

—Muy bien; y ahora, dijo Rosa mirando burlonamente á Duburle, podemos irnos. Mi padrino es un hombre extraordinario.

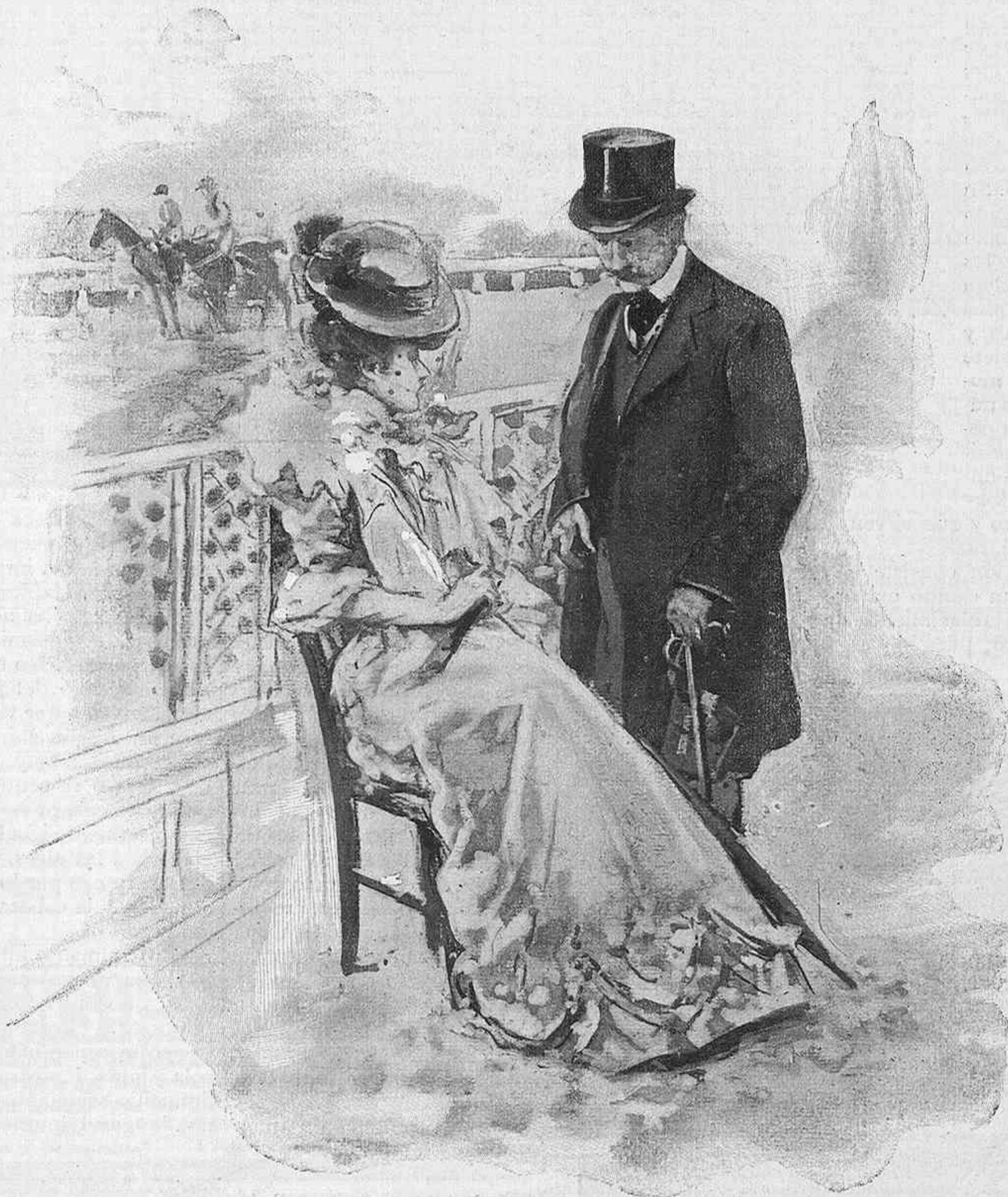
La condesa Grodsko examinó á Duburle y á Rosa para penetrar el misterioso sentido de sus palabras; á los dos los encontró imperturbables y los siguió á través de los grupos. Las trompas de caza sonaban bajo la cúpula de cristal que el sol hería con sus rayos oblicuos; una nube de polvillo de oro vagaba en el aire, y en las gradas se apiñaba el público elegante que asistía al espectáculo.

Al extremo de la pista un nuevo jinete, montado en un brioso caballo gris, saltaba metódicamente los obstáculos.

De pronto se oyó un grito; ininidad de brazos se agitaron, y algunos espectadores se pusieron en pie. El caballo gris apareció con la silla vacía y se puso á caracolear por la arena.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó Duburle; el jinete ha caído al agua...

(Continuad.)



Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico

tó su modo de pensar. Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico.

—Pequeña, le dijo. ¿Qué te ha hecho el bueno de Raynaud desde que ha vuelto tan rico? ¿Te propones volverle el juicio?

—¿Yo, padrino? ¿Y para qué?

—Por el gusto de hacérselo perder. Es una distracción á la que las mujeres os entregáis gustosas, sin objeto determinado y sólo por capricho, del mismo modo que se tira al blanco para demostrar que se tiene buena puntería.

—Yo no acostumbro á divertirme de modo tan substancial. Tengo otras cosas que hacer. Mire usted, ahí va Condottier que entra en la pista con su yegua *Bar-maid*; monta bien, es preciso reconocerlo.

—Sí, monta muy bien, pero ¿llegará al fin sin percance? No tiene más que un competidor temible, Kersaint.

—Por esto la condesa Grodsko habla con él. Si en este momento pudiese hipnotizarle, sugestionarle para que perdiese sus facultades...

—¿Cómo es que no está hoy contigo?

—Ha venido con la señora Vallauris, que no puede sufrirme... Se ha excusado de antemano, pero no tardará en venir.

—¿Todavía continúa tu enemistad con la señora Vallauris?

—Esa mujer alta, delgada y de ojos sin expresión,

UN ACUARIO MODELO

Dominando la bahía de Nueva York, casi frente a la isla que corona la gigantesca estatua de la Libertad, se halla el acuario más grande, mejor dispuesto y provisto que en el mundo existe. Está situado en un lugar muy hermoso, de donde se ven salir y entrar en el puerto los grandes transatlánticos y otros buques.

Aunque sólo hace ocho años que se convirtió en acuario un antiguo fuerte, construido en 1807 para defensa de la bahía, puede muy bien decirse que ha llegado a ser un establecimiento modelo, así por su inmensa extensión, como porque sus empleados han demostrado que es posible, no sólo reunir, sino conservar vivos un número mayor de peces de todas clases que el que hasta ahora se tenía por factible en los mejores acuarios del mundo. En este solo edificio hay más de 3.000 peces diferentes que representan 250 especies distintas, y entre los animales de mayor tamaño se hallan manatíes, un esturión de siete pies de largo, numerosos tiburones y otros monstruos marinos. Hay siete grandes charcas, 94 estanques murados, cuatro para tortugas y un número considerable de otros más pequeños destinados para la exposición pública. Hay también gran número de estanques reservados, donde se tienen peces de repuesto y que sirven para otras varias necesidades del acuario.

La importancia de la colección consiste en que para formarla se ha abarcado un campo mayor que el recorrido por ningún otro establecimiento de su índole, y no es esto poco decir, pues hay algunos

lados de los 150 estanques que en conjunto existen, se comprenderá que es una empresa vasta el buen entretenimiento del acuario.

Entremos en él y examinémoslo por nosotros mismos; pero antes de hacerlo, bueno será advertir que ahora se halla bajo la dirección de la Sociedad Zoológica de Nueva York, que al hacerse cargo de él

que mide tres metros de largo y pesa unas 520 libras. Fueron pescados en Palm Beach, Florida, por medio de una red de 150 metros de largo por 10 de ancho, con unas mallas de unos 35 centímetros. Durante un mes se hicieron con ella varias pruebas, y antes de cogerlos, lo menos siete manatíes lograron escapar de sus mallas. Se vió uno que tenía más de tres metros de largo. La pareja que hay en el acuario parece encontrarse muy á gusto, y macho y hembra se muestran mucho cariño; siempre están juntos, frotándose á menudo las narices una con otra. El manatí, como es sabido, es un animal de sangre caliente, que respira el aire y se alimenta de plantas; es un mamífero acuático. Los huesos son más duros que los de todos los demás mamíferos conocidos; no tienen dientes delanteros, miembros posteriores, ni huesos de las caderas; están provistos de una gran cola parecida á la del castor. Tienen seis vértebras cervicales, al paso que todos los demás mamíferos, exceptuando el perezoso é incluyendo al hombre y á la jirafa, tienen siete. A los dos del acuario se les alimenta con plantas acuáticas. Por lo común suben á respirar á la superficie á intervalos de cinco á ocho minutos, hasta cuando están dormidos. Son muy mansos y comen en la mano del hombre que los cuida.

Tratar de hacer algo que á descripción se parezca de los miles de pequeños seres con aletas que pueblan los espaciosos estanques murados, sería casi imposible, dado el espacio de que disponemos. Hablemos primero del caballo marino, que el acuario ha adoptado para que, bordado en oro, sirva de insignia en las gorras de uniforme de sus empleados. No tiene la menor semejanza con el tipo verdadero del pez; es uno de los seres de más extraña forma que viven en el seno de las aguas. Parece un dragón chino, reducido unas mil veces su diámetro. Es muy pequeño, variando su longitud de 7 á 15 ó 18 centímetros. Es tal vez el único pez que tiene cola prehensil y la maneja de una manera completamente igual á la de los monos, agarrándose con ella á las algas, piedras y maderos. La posición del cuerpo es por lo general vertical, especialmente al nadar, y la cabeza tiene mucha semejanza con la del caballo.

Otro animalito interesante y maravilloso es el axolotl, que no solamente puede vivir en tierra ó en agua, sino que cambia por completo de vida y costumbres. Si el estanque ó charca en que se les tiene se seca repentinamente, las agallas y aletas de la cola y lomo desaparecerían y saldrían de su acuático domicilio semejantes en un todo á lagartos. Tienen una longitud de unos diez y siete centímetros y son



El Acuario de Nueva York

hace poco tiempo destinó 6.000 libras esterlinas (150.000 pesetas) para mejorarlo, y envió á Europa á su director para que estudiase los acuarios más célebres y pusiese luego en práctica las innovaciones que estimara convenientes.

Lo que más llama la atención es su grandiosidad.

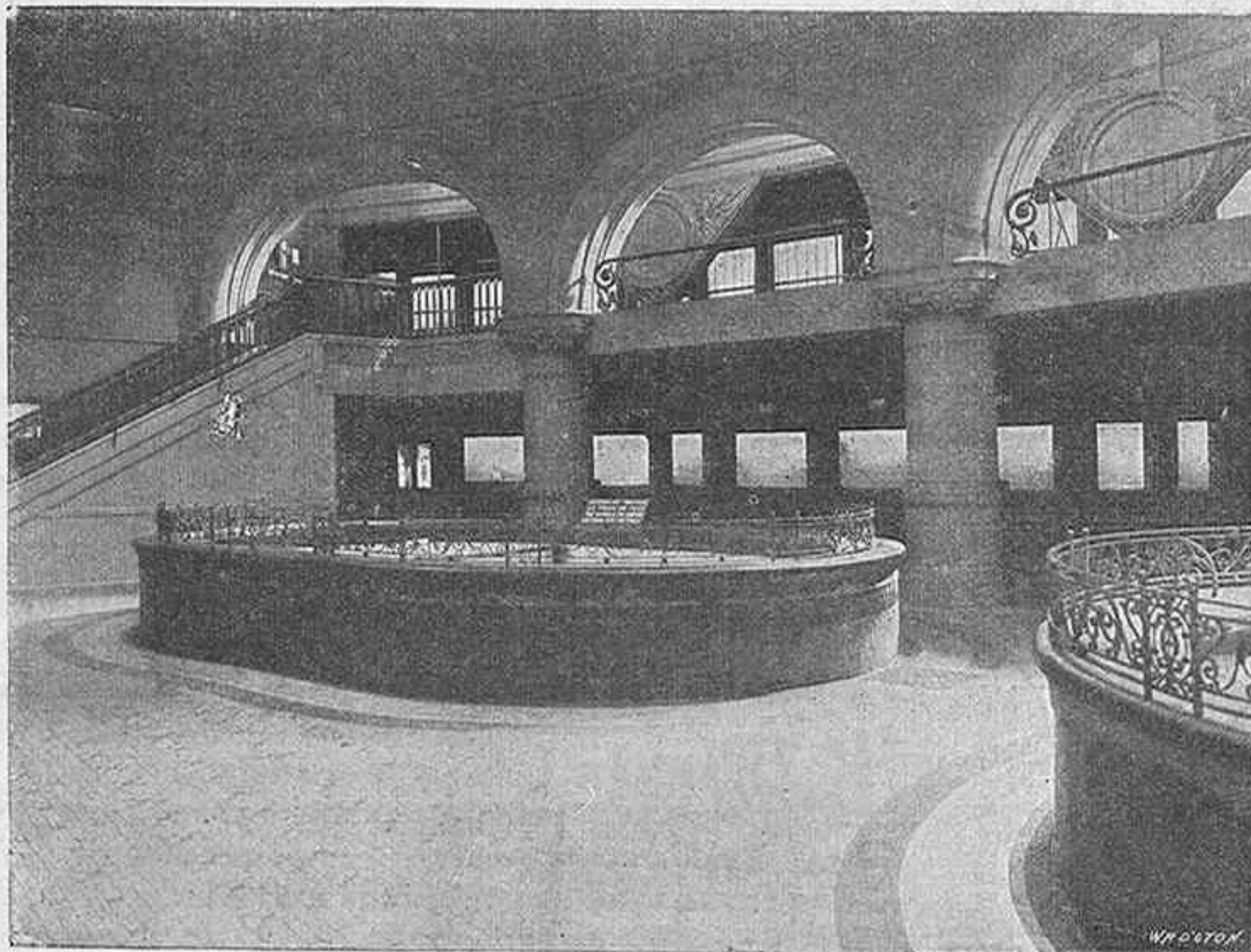
Se parece á un inmenso salón de recepciones, con sus columnas color de esmeralda y su alta y dorada cúpula. Es sin disputa el acuario más espacioso del mundo, donde cabrían sin dificultad los huéspedes de tres de los ordinarios. El edificio recibe luz por unos cincuenta grandes vanos, siendo este requisito uno de aquellos en que más atención se ha puesto.

Lo primero en que se fija la vista al entrar es en la gran charca central, al nivel del piso del edificio; es circular y tiene dos metros de profundidad; allí se ven los largos tiburones de color de arena parda y los repulsivos peces-perros, que aleteando perezosamente, se pasean por el inmenso estanque, yendo siempre de izquierda á derecha con un movimiento lento y acompa-

sado, típico de todos los animales prisioneros. En el margen de esa gran charca hay varios grandes jarros de cristal tapados, destinados á evidenciar las transformaciones de los mosquitos. Allí hay mosquitos del bello sexo que ponen de una vez de 150 á 400 huevos, que se ven flotar en diminutos racimos por la superficie del agua; vense también muchos millares de pequeñísimos y bullentes seres recién nacidos nadando y enroscándose de la superficie al fondo y viceversa. Llegan al Nirvana de su existencia cuando se convierten en alados mosquitos, lo que en el curso natural de los sucesos sucede al cabo de un mes próximamente. Esta exposición tiene siempre numerosos espectadores, que exclaman al marcharse: «¡Quién iba á creer que los mosquitos se produjeran de ese modo!»

Junto á esa gran charca hay un receptáculo de cristal que cobija cierto número de caimanes jóvenes. En otra cercana habitan un cocodrilo y un caimán enormes, pues tiene cada uno cerca de cuatro metros de largo. Hay en total en el piso bajo del edificio seis charcas, además de la grande central, cada una de las cuales tiene unos nueve metros de largo.

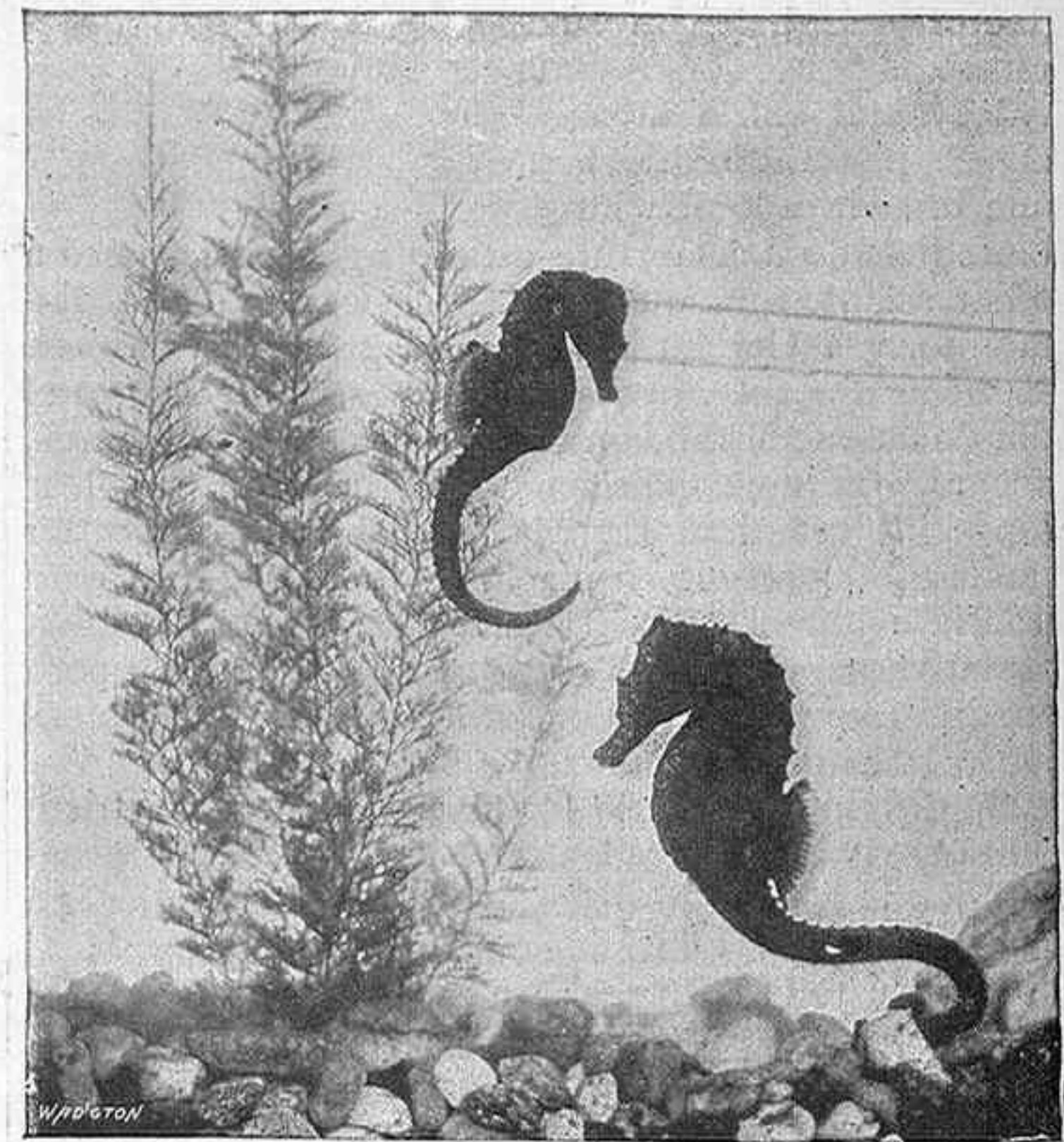
En una de ellas pueden verse dos hermosos ejemplares de los curiosos mamíferos marinos llamados manatíes ó vacas marinas. La mayor es la hembra,



Estanques del acuario

acuarios célebres, por ejemplo, el famoso de Brighton (Inglaterra), que se enorgullece con sus 41 estanques; los de París, Berlín y Amberes, sin echar en olvido la estación biológica de Nápoles. Ninguno de ellos, sin embargo, está tan bien montado ni tiene una colección tan grande é importante como el de Nueva York. Casi todos aquéllos están poblados de peces cogidos en las aguas de las localidades vecinas, al paso que éste contiene ejemplares de casi todas las especies que pueblan los mares, desde el círculo polar al golfo de México. Allí se albergan peces de agua salada, otros de los lagos, ríos y arroyos de los países del Norte; hermosos peces tropicales de las islas Bermudas; otros emigrantes y de las aguas dulces y saladas intertropicales, siendo estos últimos de una variedad casi infinita.

Para proporcionar condiciones normales de existencia á una diversidad tan grande de animales, se necesita montar un sistema sumamente complicado. Durante diez de los meses del año hay que calentar el agua en el acuario de Nueva York destinado á las especies tropicales, y durante otros cuatro ó cinco hay que emplear una maquina refrigeradora para la que á otros se dedica. Si se tiene en cuenta que esos dos procedimientos hay que aplicarlos á estanques tanto de agua dulce como salada, que hay que filtrar cientos de galones de agua diariamente, así como airear millares de galones de agua dulce y sa-



Caballos marinos

completamente blancos. Cuando dejan de vivir en el agua el cuerpo se vuelve pardo-oscuro con manchas blancas; respiran el aire, y en lo sucesivo su existencia será terrestre. Se les llama también salamandras manchadas. Durante muchos años se les tuvo por animales de especie diferente. En el jardín de plan-

tas de París fué donde por primera vez se descubrió la manera como nacen, crecen y se transforman.

Los peces tropicales de las Bermudas, de los que hay una hermosa colección, llaman la atención por la riqueza de sus colores y lo gracioso de sus formas. El acuario posee algunos magníficos ejemplares de esta clase de peces, que cambian de colores, no alguna que otra vez, sino constantemente. Si se detiene uno ante un estanque un momento, se les ve pasar de gris, de un tono igual, á otro con fajas negras y blancas.

Hay otros peces azules que también cambian de color, como igualmente los llamados colas amarillas, que lo hacen tan rápida y repentinamente, que parecen ser de otra especie. Son las más conocidas los peces ángeles, que de su cuerpo azul celeste dejan flotar hacia atrás como unas flámulas amarillas. A pesar de su nombre nada tienen de angelicales, pues con frecuencia riñen entre sí. Vienen luego los delicados peces mariposas, que también se llaman frecuentemente cuatro ojos, porque á cada lado, cerca de la cola, tienen un adorno que lo parece. El pez reina de Bermuda es muy hermoso, fuerte y vigoroso, de costados aplanados, tiene en su cuerpo todos los colores del arco iris y en la cabeza unas líneas negras. Este pez es muy raro hasta en las Bermudas y durante tres años estuvieron buscándolo los pescadores antes de poder traer uno al acuario.

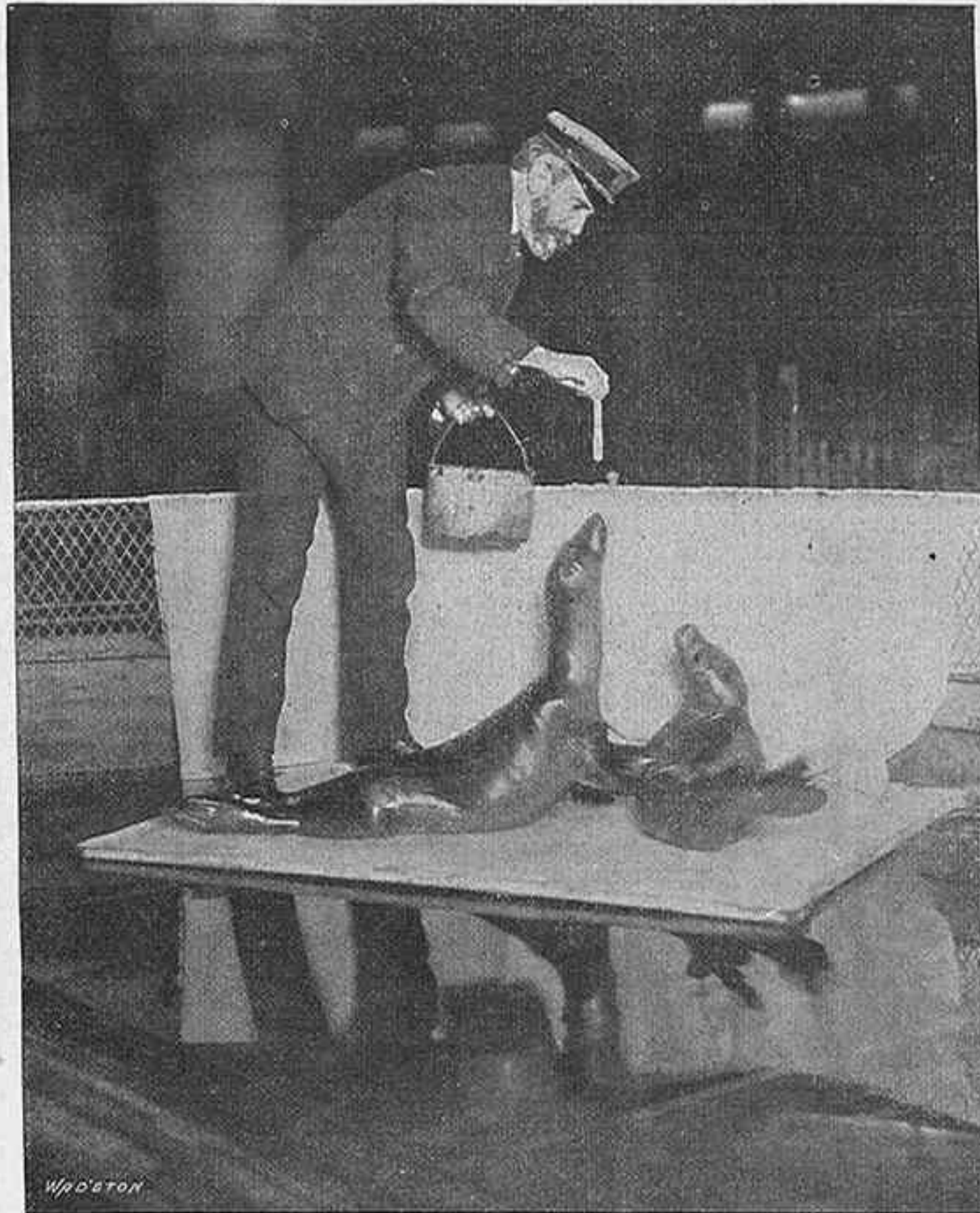
En una de las charcas tienen varias murenas de dichas islas, parecidas á las anguilas, de dos á tres metros de longitud, que inspiran respeto por su aspecto feroz. Es muy difícil conseguir una viva, pues

los pescadores de las Bermudas las temen y se necesita el cebo de una buena recompensa para que traten de cogerlas. Muerden y azotan con la cola á sus aprehensores, hasta que ó las matan ó las vuelven á tirar al mar. La historia menciona la costumbre que había en Roma de arrojar á las murenas los esclavos negligentes. En el acuario de Nueva York se acostumbra, en épocas determinadas, medir y pesar los peces; pero nadie hasta ahora ha tenido el valor de efectuarlo con dichos animales.

Uno de los departamentos curiosos de ese establecimiento es la cocina ó habitación donde se prepara la comida para los peces. Diremos de paso que su manutención cuesta 750 pesetas mensuales; compónese de carne picada, hígado y pescado. Setecientas libras de carne y pescado se compran semanalmente en los mercados de Nueva York. Además, de las costas y ensenadas vecinas se trae gran cantidad de alimentos vivos; pececillos pequeños, camarones, almejas, cangrejos, gusanos marinos y moscas de la playa. Las truchas y salmones pequeños, en los estanques de cría, se alimentan con hígado picado y huevos de arenque. Los caballos marinos con gamaros, crustáceos muy diminutos que se obtienen recogiendo ramas de musgo de mar, en donde habitan. Los dos manatíes se tragan al mes cincuenta canastas, de á fanega cada una, de plantas marinas. Las carpas, que se alimentan mucho con vegetales, comen á veces trigo remojado, y las tortugas de mar, de las que hay una buena colección, además de pescado, comen hojas de coles y hierbas marinas.

No solamente hay que alimentar á los peces de un

modo regular y sistemático y limpiar periódicamente los estanques, sino que los que los cuidan han de estar siempre con mucha vigilancia, porque los peces, lo mismo que los hombres, están propensos á enfermar ó á quedar heridos en los combates, y en tales casos, si pronto no se les atiende, mueren con la mayor facilidad. Si uno de ellos queda magullado, pronto se cubre del temible hongo de los peces, que no sólo le desfigura y termina por matarle, sino que infecciona y destruye igualmente los demás que hay en el mismo estanque. Un hongo que acaba con muchos peces de agua dulce, hasta con aquellos que no



La comida de las focas



Cabeza y boca de un manatí

han recibido ningún daño externo, es el parásito *saprolegnia*. Algunas veces se le puede exterminar salando el agua más ó menos y hasta sumergiendo durante unos minutos los peces atacados en una solución muy salada. En los casos benignos se aplica la formalina; pero los peces no pueden soportar medicaciones enérgicas, y como tienen la piel muy delicada y pudiera el mucho manosearles ponerles peor, se hace muy difícil el curarles. Tal vez la operación quirúrgica más atrevida practicada en un pez ha sido la que se hizo en el acuario de Nueva York extirpando un hongo en una de las aletas de un tiburón que medía cinco pies, y la más difícil la también hecha allí de injertar piel nueva en una anguila.

En dicho edificio hay además un salón donde se dan conferencias públicas y un laboratorio. Este establecimiento modelo cuesta para su entretenimiento 250.000 pesetas al año, y es visitado anualmente por 1.750.000 personas.

HAROLDO J. SHEPSTONE.

PAPÉL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



La pacificación de los bandos de Vizcaya, pintura mural, obra de José Echeña

Varias veces hemos dado á conocer á nuestros lectores diversas composiciones de este excelente artista, que allí en la Ciudad Eterna contribuye con otros pintores merítisimos á enaltecer, por medio de sus obras, el arte patrio. Los grandes lienzos, aquellos cuyo asunto recuerda ó conmemora episodios de la historia del país vasco, han servido para cimentar la reputación de nuestro amigo. Algunos de ellos nos ha cabido la fortuna de reproducirlos en las páginas de esta revista, figurando en los edificios públicos de las ciudades de aquella región. Digna pareja de los anteriores es el que, con destino al palacio de la Diputación de Vizcaya, acaba de ejecutar José Echeña, representando *La pacificación de los bandos de Vizcaya*, episodio

de grandísimo interés y significación para la historia, ya que conmemora un hecho que sirvió para afianzar la prosperidad del Señorío. El asunto desarrollado por el artista representa al célebre corregidor Gonzalo Moro, sentado bajo el árbol de Guernica, excitando á los partidarios de las batalladoras casas de Oña y de Gamboa á deponer las armas en bien de la patria, conminándoles con severísimas penas. Cuanto digamos acerca de la producción á que nos referimos resultaría casi ocioso al apreciar la reproducción. Bastará recordar los méritos y aptitudes de Echeña y su perfecto conocimiento de una época que exige prolios estudios é investigaciones que honran á quien las realiza y sabe interpretarlas.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD CURADAS POR EL VERDADERO HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.



PECHO IDEAL

Desarroll - Belleza - Pureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales** únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades medicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 5'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Historia general del Arte
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Óptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

al **IODURO de HIERRO INALTERABLE**

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUJAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se conserva el cutis limpio y terso

FRASCO 8 fr. on París CANDES et Co B-St-Denis-18

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANJOL DE LOS RES
JORET-HONGUE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN